

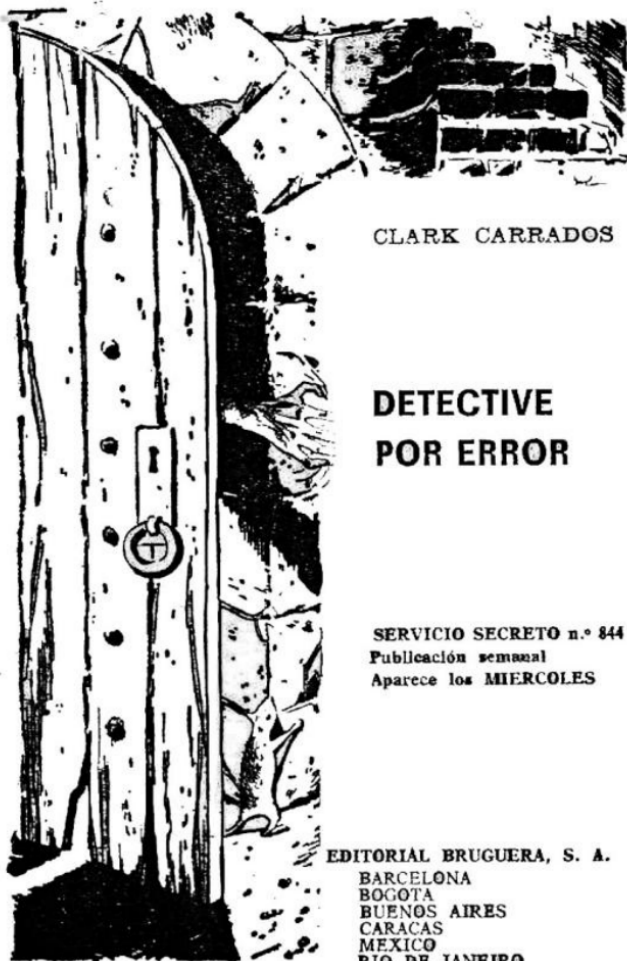


SERVICIO SECRETO

Detective por error

clark carrados





CLARK CARRADOS

DETECTIVE POR ERROR

SERVICIO SECRETO n.º 844

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BOGOTÁ
BUENOS AIRES
CARACAS
MEXICO
RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 25.465-1966
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre 1966

© CLARK CARRADOS - 1966
sobre el texto literario

© ANTONIO BOSCH - 1966
sobre la cubierta

© COSTA - 1966
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

954 — En el cubil de la fiera.

En Colección SERVICIO SECRETO:

842 — Escrito en el polvo.

En Colección BÚFALO:

673 — La bala y el acero.

En Colección CALIFORNIA:

486 — Ley de hierro.

En Colección COLORADO:

460 — Capitán de río.

En Colección KANSAS:

427 — El orgullo y la furia.

En Colección BRAVO OESTE:

289 — Humo en el valle.

En Colección PUNTO ROJO:

210 — La piedra en la charca.

En Colección SALVAJE TEXAS:

533 — La sed del infierno.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

205 — Radiación.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

128 — Luz contra tinieblas.

En Colección ASES DEL OESTE:

366 — Ruta sin destino.

CAPÍTULO PRIMERO

A Frank Rymer siempre le habían gustado las mujeres altas.

Tal vez era porque sentía complejo de bajito. En realidad, Frank no lo era.

Ciertamente, tampoco era un hombre alto. En realidad, no se le podía considerar como esa imagen estereotipada del mozallón norteamericano, alto, rubio, de anchos hombros y mirada entre cándida y resuelta que tanto han popularizado revistas gráficas, cine y televisión.

Era un hombre corriente, de un metro setenta y dos centímetros de estatura, pelo castaño y ojos oscuros. Pero no era feo y, pese a su aparente falta de estatura, más de una mujer se volvía para mirarle por segunda vez.

Además, tenía otras cualidades, algunas físicas, otras intelectuales. No era en modo alguno un alfeñique y resultaba muchísimo más listo de lo que aparentaba.

Por desgracia suya, o quizá por su fortuna, no había tenido tiempo ni ocasión de poner de relieve tales cualidades. En resumen, hasta el momento, era el clásico hombre gris, con un sólido empleo, que le garantizaba un buen sueldo y un aburrimiento superior.

Porque le gustaban tanto las mujeres altas, miró muy interesadamente a la espléndida rubia que se cruzó con él cuando iba a llegar a su apartamento.

La contempló detenidamente de arriba abajo. Sí, una hermosa muchacha. Alta, rubia, de ojos intensamente azules y con un flexible cuerpo de tahitiana, enfundado en un magnífico vestido de color azul eléctrico, dotado de un escote subyugante.

La rubia dejó tras sí, una penetrante estela de perfume. De pronto, cuando Frank insertaba la llave de su apartamento en la cerradura, oyó que ella pronunciaba su nombre.

—¿Rymer?

Frank se volvió. La rubia corría hacia él.

El corazón se puso a hacerle «pom... pom... pom...». Ella le sonreía hechiceramente.

—¿Rymer? —repitió.

Frank tragó saliva.

—Sí, yo mismo...

Ella le echó los brazos al cuello. Como llevaba zapatos de tacón alto, muy alto, le pasaba cinco centímetros largos.

—Bésemi, pronto, con furia, como si estuviese filmando una escena de amor.

—¿Eh? ¿Qué...? —exclamó Frank aturdidamente.

—Vamos, no sea estúpido —le apostrofó la rubia, acorralándole contra la puerta aún no abierta.

A pesar de todo, tuvo que ser ella la que llevara la iniciativa. Sus labios cálidos, jugosos, se aplastaron contra los del joven.

Frank rodeó con sus brazos la esbelta cintura de la rubia. «¿Estará loca?» se preguntó.

Vagamente oyó unos pasos junto a ellos. Alguien emitió un chiste nada amable para las parejas de enamorados que se entregaban a sus efusiones de cariño en público.

A Frank le pareció que se trataba de dos individuos. Éstos desaparecieron por la próxima esquina del corredor de aquella planta.

Entonces, la rubia despegó sus labios, con gran dolor de Frank. Sonreía.

—Gracias, señor Rymer. Y ahora, abra, pronto —pidió.

—Pero, por favor, señorita...

Ella observó que la llave estaba aún puesta en la cerradura. Con gran desenvoltura, la hizo girar, abrió la puerta y se coló sin más en el apartamento.

Aturdido, Frank la siguió.

—Cierre, rápido —rogó ella.

Frank obedeció maquinalmente. La rubia le entregó un pañuelito que acababa de sacar de su bolso.

—Tome, límpieme los labios. Yo voy a pintármelos otra vez. ¿Dónde está el cuarto de baño, por favor?

—Por aquella puerta. Pero...

—Gracias, señor Rymer. Volveré dentro de unos minutos. Ah,

prepare algo de beber, si tiene con qué.

Y se marchó, dejando a Frank completamente desconcertado, con el pañuelo en la mano.

Al cabo de unos segundos, Frank, que no comprendía nada de lo que le estaba ocurriendo, se limpió los labios y luego caminó hacia la cocina.

Sacó cubitos de hielo del refrigerador y volvió a la sala. Preparó dos vasos y una botella y esperó.

Encendió un cigarrillo mientras tanto. Era lo suficientemente discreto como para no creer en una simple aventura amorosa. «Las mujeres hermosas —se dijo— no andan por ahí, repartiendo besos y abrazos así como así».

Ella salió a poco. Sus ojos brillaban maliciosamente.

—Habrás pensado cosas horribles de mí, señor Rymer —dijo.

Frank hizo un esfuerzo por sonreír.

—Usted no me ha dado tiempo de pensar —contestó—. Sus procedimientos han resultado demasiado aturdidores para que yo pudiera reflexionar.

—Muy galante —contestó la rubia, con una corta carcajada—. Ah, perdón; me llamo Myra Wedder. ¿Quiere poner dos cubitos de hielo en mi vaso? Así, muchas gracias, señor Rymer.

Frank le entregó el vaso. Luego tomó un buen trago del suyo.

—¿Un cigarrillo, señorita Wedder?

—Desde luego.

Myra se había sentado desenvueltamente en el brazo de un sillón, con las piernas cruzadas, dejando ver un fascinante par de rodillas, enfundadas en nylon apenas visible. Aspiró dos bocanadas de humo y luego dejó vaso y cigarrillo en una mesita cercana.

—Le buscaba a usted, señor Rymer, aunque confieso que, en el primer momento, pasé de largo —declaró—. Celebro haberle encontrado tan oportunamente.

—¿Me buscaba a mí? —se asombró Frank—. Y, ¿para qué, si puede saberse?

—Puede —contestó Myra sobriamente—. Espere un momento.

Abrió su bolso, de costosa piel de serpiente, y extrajo del mismo una llave.

—Sirve para abrir el número cuatro mil seiscientos veinte de Hill Road —dijo—. Usted irá allí, con todo cuidado, por supuesto,

entrará en la casa, se dirigirá a la biblioteca de la planta y buscará en el cuarto tomo de la Enciclopedia Británica. Examine ese tomo a fondo. Mañana, por la mañana, yo le llamaré y usted me comunicará el resultado de sus pesquisas. ¿Ha comprendido?

Frank la miró fijamente.

—No —respondió.

Myra pareció sorprenderse.

—Creí haberme explicado con suficiente claridad —alegó.

—Sí, en lo que respecta a lo que se supone he de hacer yo en esa casa de Hill Road. No, en cuanto a los motivos por los cuales he de ir yo allí.

La joven sonrió.

—Ah, ya comprendo. Honorarios adelantados. Muy bien es lógico.

Abrió de nuevo su bolso, sacó un impresionante fajo de billetes y contó diez, que separó y entregó al joven.

—Mil. A cuenta. No hace falta recibo. Conozco su reputación y sé que su palabra vale tanto como una firma ante notario, señor Rymer.

Frank continuaba atónito.

—Pero...

Ella concluyó su *whisky*, aspiró una bocanada de humo y se puso en pie.

—Le llamaré a las ocho de la mañana —repitió.

—Escuche un momento...

Myra se dirigió hacia la puerta.

—Lo siento, no tengo tiempo, señor Rymer. He de ir con mucho cuidado. ¿No se dio cuenta usted de dos tipos que me perseguían?

—¿Dos tipos?

—Sí, cuando nos besábamos. Lo hice para que no me reconocieran y convendrá conmigo que resultó un truco muy efectivo.

Le miró con maliciosa sonrisa.

—Y agradable, ¿no?

—Sí, claro, pero... Espere, espere un momento, señorita Wedder...

Myra tenía ya la mano en el pomo de la puerta. Se volvió y le miró muy seriamente.

—Tenga cuidado, señor Rymer. Derell Zenko es un sujeto peligrosísimo. Hasta mañana a las ocho.

Abrió la puerta, miró a derecha e izquierda y luego, antes de que el atónito Frank pudiera reaccionar, desapareció de su vista.

El joven permaneció un momento inmóvil, contemplando con estupefacción la llave y los diez billetes de cien que le había entregado Myra.

Parecía una chica calmada, pero actuaba con la vertiginosidad de un torbellino huracanado. Siempre había creído que las chicas altas, rubias y hermosas eran de carácter lánguido y reposado.

Myra había desmentido radicalmente esa impresión.

—Tenía que haber sido pequeñita, morena y de ojos negros —murmuró.

Y, de súbito, se acordó de un nombre que había pronunciado Myra.

—Zenko. ¿Quién diablos es ese tipo?

Había un medio para saberlo. Fue el teléfono y marcó un número.

—¿Jefatura de Policía? Con el teniente Cardoso, por favor —pidió.

Cardoso era un oficial de policía buen amigo suyo. Con otros cuatro, tenían una reunión semanal para juzgarse unos dólares al póker, el día libre de servicio del policía.

—Habla Cardoso —sonó una voz en el auricular.

—¿Tomás? Soy Frankie, Frankie Rymer...

—¡Ah!, hola, Frankie. ¿Qué te ocurre? ¿Te han robado? —preguntó el policía.

—Afortunadamente no, desde que me ganaste treinta y ocho dólares el último día.

Cardoso se echó a reír.

—Saber ligar las cartas es el secreto —contestó—. Está bien, ¿en qué puedo servirte?

—¿Quién es Derell Zenko?

Hubo una pausa de silencio. Frank se impacientó.

—¿Tomás?

—Estoy aquí aún, Frankie —respondió el policía—. ¿Por qué te interesas por Zenko?

—Digamos curiosidad... profesional, Tomás.

Frank desempeñaba un importante cargo en una compañía de seguros, en la que tenía un brillante porvenir, pese a su juventud.

—Está bien, te lo diré —contestó Cardoso—. Zenko es un «gangster» de lo peorcito, aunque disfrace sus actividades bajo la capa de jefe del Sindicato de Cargadores Portuarios. Si pudiéramos echarle el guante... —suspiró el policía melancólicamente.

—Es todo lo que quería saber, Tomás, muchas gracias.

Frank colgó el teléfono. A continuación cogió la guía y empezó a hojearla. Así descubrió que el número 4620 de Hill Road pertenecía a un tal Sol Tubble, pero la guía no indicaba a qué se dedicaba el citado sujeto.

Cerró el libro pensativamente.

¿Debía aceptar el encargo de Myra Wedder?

Lo sensato era esperar a que dieran las ocho de la mañana del día siguiente. Entonces le diría que, sintiéndolo mucho, no había...

Pero, por otra parte, cierto gusanillo aventurero le impulsaba a seguir adelante.

—Y, todo hay que decirlo, su lindo rostro también —murmuró.

Pero más que nada, porque era una chica alta, como las que a él le gustaban.

Sin embargo, no estaba aún decidido. Consultó el reloj; apenas eran las seis de la tarde.

Tenía tiempo para pensárselo. Por supuesto, no iba a ir allí durante el día. Entonces, cuando todavía no había adoptado ninguna decisión, sonó el llamador.

CAPÍTULO II

Abrió la puerta. Instantáneamente, sin haberlos visto nunca, comprendió que tenía ante sí a dos de los esbirros de Derell Zenko.

—¿Rymer? —preguntó uno de ellos.

Era un tipo alto y ancho de hombros, con cara de boxeador retirado, pero capaz aún de romper las puertas a golpes. El otro, sin embargo, era delgado como una espada y con una nariz que parecía una daga curva.

—Sí, yo mismo —contestó.

El boxeador le empujó suavemente.

—Adentro —dijo. Ladeando la boca, ordenó—: Cierra, Jory.

Los dos sujetos se colaron en el apartamento. El delgado, Jory, se volvió, cerró con llave y guardó ésta en el bolsillo.

—Listo, Brant —anunció.

Frank conocía ahora los nombres de los dos sujetos. Les miró inexpresivamente.

Brant dijo:

—Hace unos momentos estuvo con usted una chica llamada Myra Wedder. ¿De qué hablaron?

—¿De qué me está hablando usted? —preguntó Rymer.

—No se haga el gracioso —rezongó Brant.

—Lo mejor que podías hacer es empezar el tratamiento directo —recomendó Jory torvamente.

—Espera un momento —pidió Brant—. Tal vez podamos arreglarnos por medio de la diplomacia. Hable, Rymer.

—No le entiendo en absoluto —contestó Frank, imperturbable.

Brant suspiró.

—Es una chica lista —comentó—. Nos engañó muy bien, cuando le besaba a usted. Pero ese engaño ya no tiene razón de ser. ¿Qué le dijo, Rymer?

El joven sonrió.

—Hablabla en chino, así que no la entendí en absoluto — contestó.

Una chispa de ira brilló en los ojos de Brant. El joven comprendió que Brant se disponía a pasar al ataque.

—Gracioso —murmuró Jory—. Dale, Brant.

El boxeador disparó repentinamente su puño, sin previo aviso.

Falló. El puño, grande como un jamón, no encontró su blanco.

Frank había saltado lateralmente, con singular agilidad. Al errar su golpe, Brant quedó inclinado hacia adelante, con su costado izquierdo al descubierto.

Frank le asestó allí un terrible golpe con el filo de la mano derecha. El boxeador emitió un aullido de angustia.

Frank le golpeó detrás de la oreja. Brant cayó de rodillas, aturdido por los dos golpes, que le habían llegado sin saber cómo. Inmediatamente, el joven levantó la pierna derecha y le golpeó con la puntera del zapato en el lateral de la mandíbula.

Brant cayó de bruces, sin conocimiento. Acto seguido, Frank dio dos pasos hacia atrás.

Jory cargaba contra él, con una navaja de resorte en la mano. Posiblemente, pensó Frank, su intención no era matarle, sino más bien intimidarle.

—Bueno, si quieren jaleo... —murmuró.

Agarró una silla por el respaldo y se lanzó hacia adelante. Las patas le golpearon duramente en el pecho, haciéndole trastabillar.

Jory rugió de ira. Frank continuó atacando.

La silla le golpeó de nuevo en el pecho, por partida cuádruple. Frank la usaba implacablemente, a modo de espada o como un pistón... adelante, atrás, adelante, atrás... Cada empujón suyo a la silla eran cuatro golpes simultáneos que recibía el rufián en la cara, en el pecho, en el vientre...

—Basta, basta —gimió Jory de pronto, dejándose caer de rodillas.

La navaja se había desprendido de sus manos hacía rato. El aspecto físico de Frank era engañoso.

Le gustaba cultivar el músculo, tal vez como compensación a las largas y tediosas horas de oficina. Ahora podía pegar a gusto, sin simulación, como en el gimnasio donde todos los días hacía unos cuantos asaltos de boxeo, aparte de otros deportes de fuerza y

habilidad.

Agarró a Jory por el cuello de la camisa y lo izó en vilo. El rufián le miró con ojos extraviados por el asombro.

Los cerró un segundo después, cuando el puño de Frank explotó en su mandíbula. Frank abrió la mano izquierda y el hampón se derrumbó sobre la alfombra como una masa inerte.

Acto seguido, Frank se inclinó sobre los dos sujetos y les registró cuidadosamente, desposeyéndoles de sendas pistolas automáticas.

—Me hubiera extrañado mucho que no las llevasen —comentó para sí.

Guardó una pistola bajo los cojines del diván. Luego se sirvió una copa.

—El premio del vencedor —dijo sonriendo.

Los hampones despertaron momentos más tarde. Frank les contempló serenamente, sentado en el diván, con las piernas cruzadas. Tenía la mano derecha apoyada en uno de los cojines.

Jory se sentó en el suelo y le contempló con expresión turbia. Brant sacudió la cabeza varias veces y luego soltó una espantosa imprecación.

—Mal educado —dijo Frank, sin dejar de sonreír.

Brant se puso en pie. Vaciló un momento, pero no tardó en asentar sus pies en el suelo.

De pronto, dio un paso hacia adelante. Frank levantó la mano derecha y le apuntó con una pistola.

—Nada de eso, amigo —dijo—. Para mí, el ejercicio físico se ha terminado hoy. El único que pienso hacer, si ustedes me obligan, es el de mover el dedo índice.

—Zenko sabrá lo que ha pasado aquí —rezongó Brant de mal talante.

—Si yo estuviese en su lugar, no se lo diría —respondió el joven.

—¿Por qué? —preguntó Brant incautamente.

—Son dos. Yo, uno solo. Ambos iban armados y su envergadura es superior a la mía. No conozco al tal Zenko, pero si yo fuese él, me pondría muy furioso con dos subordinados míos tan estúpidos como para dejarse vencer por un insignificante oficinista.

—Oficinista usted, un cuerno —resopló Jory.

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó el joven, extrañado.

—Nada, usted lo sabe tan bien como yo. Brant, será mejor que

nos marchemos.

Frank le apuntó con la pistola.

—Tranquilo, camarada —dijo—. Figúrese que le han clavado los pies al suelo y que no puede andar.

—¿Qué diablos quiere ahora? —preguntó Brant de mal talante.

—Simplemente, la respuesta a una pregunta: ¿Por qué perseguían a la chica rubia?

—Luego, lo admite —dijo Jory.

—¿Y qué? —contestó Frank—. Vamos, hablen.

—Éste no es asunto suyo —dijo Brant torvamente.

Frank le apuntó con la pistola.

—Son ustedes dos hampones y entraron en mi casa para atacarme. No habrá jurado que me condene si disparo... ¡y lo haré a matar si no me contestan en el acto!

Brant tragó saliva. Jory palideció.

—Rayos, usted no...

—¡Conteste!

—Está bien. Zenko nos envió a seguir a la chica.

—¿Para qué?

—Ella tenía una... llave. Es todo lo que sabemos.

—¿Y ustedes tenían que quitársela?

Jory emitió un gruñido de asentimiento.

—¿Es eso todo lo que saben? —preguntó Frank.

Jory se encogió de hombros.

—Parece que su jefe no gusta de hacer confidencias —comentó el joven.

—Más o menos —gruñó Jory.

—Está bien, váyanse, payasos. Y otra vez, tengan cuidado con quién se meten. ¡Zenko es un idiota por tenerlos a ustedes empleados a su «servicio»!

—Puede que no tarde mucho en rectificar esa opinión —terció Brant hoscamente.

—Fuera, bichos —les apostrofó el joven.

Al quedarse solo, cerró con doble vuelta de llave.

—¡Uf! —Respiró aliviado—. Para ser mi primera pelea, como aficionado, no lo he hecho mal del todo.

Y se sirvió un, tercer trago, que le hizo ver las cosas de un agradable tono rosado.

Él y Myra. Una iglesia, flores blancas, música de órgano...

De repente, se acordó de que, para mirarla había tenido que levantar la vista. Lleno de rabia, agarró el vaso y lo estrelló contra la pared.

Se sentó en el diván, perdido el humor repentinamente. Así estuvo más de una hora.

Cuando se movió, miró hacia la ventana. Ya era de noche.

Se preparó un poco de cena y comió desganadamente. Los platos quedaron medio llenos.

—Bueno, a pesar de todo, he de cumplir mi palabra. Iré a esa casa, miraré el cuarto tomo de la Enciclopedia Británica, hablaré mañana con Myra... ¡y aquí acabará la historia!

Se disponía a salir cuando, de pronto, concibió una idea.

Atenuó la luz, apagando algunas lámparas. Luego se acercó a una ventana y miró hacia la calle.

Había un sujeto, leyendo un periódico, en la acera de enfrente.

—Tiene una vista espléndida, sobre todo, considerando la escasa iluminación de que dispone —observó irónicamente.

Pero no podría salir de casa, sin que el esbirro de Zenko lo viese inmediatamente. Frank se estrujó el magín, tratando de hallar una solución para aquel problema.

No tardó en encontrar la solución. Frente a su casa, había una cafetería de la cual solía ser asiduo cliente.

Se separó de la ventana, y se acercó a la mesita del teléfono. Levantó el auricular y marcó un número.

—¿Billy? —dijo, cuando le respondieron al otro lado de la línea—. Aquí, Rymer. ¿Puedo pedirle un favor?

—Por supuesto, señor Rymer —contestó el barman—. ¿De qué se trata?

—Mire, delante de mi casa, justo a la izquierda de su local, tengo a un tipo que me está vigilando.

—¡Cáscaras! —Respingó el barman.

—Necesito que me ayude a desprenderme de ese sujeto, Billy...

—¿No se tratará de un policía, señor Rymer? —preguntó Billy recelosamente.

Frank se echó a reír.

—No. Es detective de una agencia de información. Hay una dama de por medio y el marido parece que... ¡ejem, ejem! —Frank

emitió una tos de circunstancias—. ¿Ha comprendido, Billy?

El barman rió también.

—¡Qué callado se lo tenía usted, señor Rymer! —comentó—. Bien, ¿qué es lo que hay que hacer?

—Está leyendo un periódico. No sé cómo puede arreglárselas con tan poca luz, pero si tiene vocación de ciego, eso es cosa suya. Bien, bastará con que dentro de cinco minutos exactamente, salga y le diga que le llama su jefe por teléfono. Quizá objete algo, pero usted dígame que no sabe más. Y si luego protesta, échele la culpa a su jefe también. ¿Ha comprendido, Billy?

—De acuerdo, señor Rymer. Quédese tranquilo. Cinco minutos, ¿no?

—Exactamente.

Frank colgó el teléfono.

Miró la pistola que había quedado sobre la mesa. Hizo una mueca y la envió con la otra, bajo los cojines del diván.

Dejó la luz encendida y abandonó el apartamento, descendiendo al portal de la casa. Una vez allí, aguardó, prudentemente resguardado en un ángulo sombrío.

Tres minutos más tarde, salió Billy. Frank le vio hablar con el sujeto del periódico, el cual puso una cara de asombro claramente perceptible, a pesar de la distancia. Protestó verbalmente, pero Billy se encogió de hombros y volvió a su cafetería.

El hampón dobló el periódico, lanzó una mirada hacia arriba y luego, con paso renuente, siguió a Billy.

Entonces, cuando el espía hubo desaparecido en el interior del establecimiento, Frank abandonó su escondite y corrió hacia el coche que tenía detenido a cuatro o cinco metros del portal. Momentos después, arrancaba en dirección a Hill Road.

Al tiempo de arrancar, lanzó un vistazo por el retrovisor. Rió alegremente; el esbirro de Zenko seguía aún en el interior de la cafetería.

—Evidentemente, soy un tipo de ingenio —comentó en alta voz con muy poca modestia.

CAPÍTULO III

Las luces del puerto brillaban abajo, a lo lejos, a un kilómetro de distancia.

La carretera, amplia y bien asfaltada, subía serpenteando por la colina, cubierta de vegetación, entre la cual se divisaban numerosas viviendas, todas ellas eran villas y chalets, bastante separados entre sí. Hill Road era el distrito de lujo.

Los faroles tenían una tonalidad azulada, que prestaba un ambiente melancólico al paisaje nocturno. La circulación se había restringido notablemente.

La mayoría de los habitantes del distrito estaban ya en sus casas. No obstante, aún era pronto y era rara la villa en la que no se veían luces.

Frank conducía a poca velocidad, mirando de vez en cuando para hallar el número indicado. Casi en la cumbre de la colina, encontró la casa indicada por Myra Wedder.

Siguió adelante. En modo alguno convenía que vieses un coche parado frente al edificio. Doscientos metros más adelante, arrimó el coche al bordillo de la acera, paró, aplicó el freno y cortó el contacto.

Saltó fuera del auto y metió la mano en el bolsillo, tocando la llave de la casa con los dedos. Una vez más, se preguntó qué esperaba hallar Myra en aquel lugar.

Llegó a la casa. Había un jardín en torno, enmarcado por una valla baja. Frank levantó el picaporte de la puertecita y pasó al otro lado.

La casa estaba a oscuras. Su estilo resultaba un tanto anticuado, pero difícil de pasar de moda. Se veía claramente que había sido edificada veinticinco o treinta años antes, de una forma honesta y sólida. Duraría cien años sin necesidad de llamar a un albañil.

La puerta se hallaba a un metro del suelo, separada por una

escalera de cinco peldaños. Una marquesina, con aspecto de templete griego estilizado, sostenida por dos columnas dóricas, protegía la puerta.

Frank insertó la llave en la cerradura y la hizo girar. La puerta se abrió fácilmente.

Cerró a sus espaldas. Un tenue resplandor, procedente de la luz de un farol cercano, penetraba en el vestíbulo a través de las ventanas. A favor de aquella débil iluminación, caminó hacia la primera puerta que vio.

Era la de un salón de recibo. Cerró cuidadosamente y giró en redondo.

Una escalera arrancaba hacia el piso superior. Debajo de la misma, se veía otra puerta.

Frank dedujo que debía de ser la de la cocina y servicios. En el inicio de la escalera había otra puerta.

Cruzó el zaguán y la abrió. Sonrió satisfecho. Era la biblioteca.

Había dos ventanas, situadas a ambos lados de uno de los ángulos de la casa. Eran muy altas, llegaban desde medio metro del suelo hasta casi el techo. Las cortinas estaban descorridas.

Frank cruzó el umbral, cerró a sus espaldas y luego echó las cortinas. Ya se había hecho una composición de lugar y así no le resultó difícil llegar a tuestas a la mesa de despacho que había en la biblioteca y encender una lámpara de sobremesa.

Había dos grandes sillones de orejeras, enormes, cómodos, de cuero. No les prestó la menor atención; en realidad, fueron imágenes que llegaron a su cerebro de un modo subconsciente.

Su atención estaba centrada en las estanterías de libros. No tardó en reconocer la típica encuadernación de la Enciclopedia Británica.

Se acercó a la estantería y buscó el cuarto tomo. Con él en la mano, se dirigió hacia la mesa, sentándose en el sillón que había tras la misma.

Abrió el grueso libro y empezó a hojearlo, preguntándose qué podría hallar en él. Pacientemente, pasó página por página, hasta que, de repente, encontró una palabra subrayada con lápiz rojo.

Anotó la palabra, comprendiendo que se trataba de una clave, y siguió pasando hojas. Treinta páginas más adelante, encontró otro trazo rojo.

Examinar todas las hojas del libro no fue una tarea breve precisamente, pero, al fin, Frank dio por terminada su tarea.

Entonces contempló la frase que había reunido, a base de anotar las palabras subrayadas con tinta roja. Ninguna de ellas, por cierto, era cabeza de artículo; todas se hallaban en el interior de las definiciones, como una parte integrante de la misma.

La frase resultaba de un significado enigmático.

LOS TRES RATONES SE DIVIERTEN CUANDO SUBE LA NIEBLA, DIRIGIDOS POR SU DOMADOR.

Frank contempló la frase con expresión preocupada y atónita a un tiempo.

—¿Qué diablos significa esto? —Gruñó.

Sacó un paquete de cigarrillos, se puso uno en la boca y lo encendió, aspirando el humo con gesto pensativo.

De pronto, se dio cuenta de que no estaba solo en la biblioteca.

Al otro lado de la mesa, sentado en uno de los sillones, había un hombre, que le miraba fijamente.

El sillón estaba situado en sentido opuesto a la estantería donde Frank había cogido el tomo de la Enciclopedia y su respaldo era lo suficientemente alto para que el joven no hubiese visto al individuo. Luego, al sentarse tras la mesa, tenía la atención concentrada en el libro y por ello no se había percatado de la presencia de aquel sujeto.

Frank sonrió, al mismo tiempo que alargaba la mano, invitador:

—¿Un cigarrillo, amigo? —dijo.

El hombre permaneció silencioso.

—No es usted muy educado que digamos, amigo —se quejó el joven—. Y no soy ningún ladrón: he entrado aquí con una llave que me dejaron...

Calló de pronto. El silencio obstinado de aquel individuo, se le antojó sumamente extraño.

Un sombrío presentimiento invadió su ánimo. Poniéndose en pie, dio la vuelta a la mesa y se acercó al sujeto.

—¿Se siente mal? —preguntó solícitamente.

Le puso una mano en el hombro. Entonces, el individuo se deslizó silenciosamente de costado hacia el suelo, en donde quedó

inmóvil, con la vista fija en el techo.

La chaqueta se le abrió. Frank respingó al ver la pequeña mancha que tenía en el centro de la pechera de la camisa.

Tragó saliva un par de veces. Era la primera vez que se topaba con el cadáver de un asesinado y ello le había causado una fortísima impresión.

Al cabo de unos minutos, sin embargo, se rehízo lo suficiente para arrodillarse y registrar cuidadosamente las ropas del sujeto. Aparte de algunos objetos personales sin importancia, no llevaba nada encima que permitiese identificarle.

No obstante, Frank pudo darse cuenta de que aparentaba unos treinta y cinco años de edad y que, en vida, había sido un sujeto bastante atractivo. La muerte debía de haberse producido con relativa rapidez, ya que sus facciones apenas si habían tenido tiempo de deformarse.

La causa de la muerte era una puñalada. Certera. En el corazón. La sangre había brotado más bien en el interior, por lo que la hemorragia externa era apenas notable.

Se puso en pie, limpiándose maquinalmente las rodillas. No le agradaba hallarse en compañía de un asesinado.

Pensó en su amigo Cardoso, pero se dijo que si formulaba la denuncia directamente, tendría que facilitarle muchos detalles. Ciertamente un sentido de egoísmo sobre su puesto en la compañía de seguros, se añadió a la primera consideración. A los ejecutivos de la empresa no les agradaría que un funcionario de cierta categoría estuviese mezclado en un crimen.

Volvió a la mesa y guardó el papel donde había realizado sus anotaciones. Luego, sacando un pañuelo, procuró borrar sus huellas dactilares de todos los sitios donde creía haberlas impreso.

El tomo de la Enciclopedia, igualmente limpio, volvió a su sitio. Frank apagó la luz y se dirigió hacia la salida.

Cuando estuvo en el exterior, respiró profundamente. Caminó, sin embargo, con paso tranquilo hasta su coche.

Unos minutos más tarde, emprendía el camino de vuelta. El aire fresco de la noche le tranquilizó notablemente.

Se preguntó si Myra Wedder sabía que se iba a cometer un asesinato en la casa de Sol Tubble. En tal caso, ¿había tratado de hacerle aparecer como culpable?

No parecía una posibilidad digna de tenerse en cuenta. Lo lógico, de haber tenido Myra tales intenciones, habría sido conocer la hora exacta en que iba a visitar la casa y avisar entonces a la policía, para hacerla coincidir con él.

Pero nada de eso había sucedido. El hallazgo del cadáver era una mera casualidad, aunque Frank se daba cuenta de que el sujeto debía de haber estado buscando también lo mismo que él.

—Los ojos de Myra Wedder me han hechizado —refunfuñó, descontento de sí mismo, cuando ya llegaba a las inmediaciones de su domicilio.

Su ausencia había durado poco más de dos horas. El espía continuaba leyendo el periódico.

Frank era un muchacho que perdía el humor solamente en contadas ocasiones. Detuvo el coche, se apeó y caminó a lo largo de la acera, hasta llegar junto al rufián.

—Hola —dijo, sonriente.

El hombre le dirigió una mirada suspicaz.

—Me llamo Frank Rymer —dijo el joven— y vivo en la casa de enfrente, quinto piso, puerta N. Le advierto que ya no voy a salir más de casa, así que, si lo prefiere, puede irse a la suya a descansar. ¡Buenas noches!

El esbirro se quedó con la boca abierta de par en par. Tranquilamente, Frank cruzó la calle y se metió en el edificio.

Cuando entró en el apartamento, se dirigió hacia la ventana y miró hacia abajo.

El hampón había desaparecido.

Frank soltó una corta carcajada. Luego, su rostro se tornó serio.

Acababa de recordar al asesinado.

¿Quién podía ser?, se preguntó.

—Lo sabré mañana, cuando lea los periódicos —contestó a sí mismo.

Ya había avisado a la policía en un teléfono público que encontró por el camino. Tranquilo a este respecto, se preparó una copa y la sorbió lentamente, mientras daba unos paseos por la habitación.

Al cabo de unos minutos, cogió la guía telefónica.

Sintióse defraudado. El nombre de Myra Wedder no figuraba en el libro.

—Bueno, ya me llamará por la mañana —se consoló.

Durmió mejor de lo que había esperado, aunque en un par de ocasiones soñó con el asesinado. Sin embargo, se levantó fresco y descansado a la hora de costumbre.

Cuando sonó el teléfono, ya estaba completamente vestido. Levantó el auricular.

—Rymer —dijo.

—Buenos días —sonó una voz fresca y cristalina al otro lado de la línea—. ¿Durmió bien?

—Soñando con individuos apuñalados, pero, por lo demás, sin novedad —contestó Frank.

—¿Figura entre sus hábitos el de tener pesadillas? —preguntó Myra, riendo.

—A veces.

—Está bien, cada uno es dueño de su propio cerebro —dijo ella alegremente—. ¿Qué encontró en la casa?

—Se lo diré a las cinco y media de la tarde.

—¡Señor Rymer! —protestó ella.

—A las cinco y media, ni un minuto antes.

—Pero el trato fue...

—Ahora dirijo yo las negociaciones —manifestó Frank con voz enérgica—. A las cinco y media, en el «Caravan».

Y colgó, antes de que Myra pudiera objetar su decisión.

Salió a la calle. No lejos de él, un vendedor de periódicos, voceaba su mercancía.

Compró un ejemplar del *Post* y leyó los titulares de la primera página.

El asesinado no era Sol Tubble, propietario de la casa, de quién se informaba hallábase ausente de la ciudad, sino un respetable ciudadano llamado Cy Benning, abogado de profesión, de porvenir prometedor, pese a su juventud.

Cruzó la calle y se metió en la cafetería de su amigo. Billy acudió el momento.

—¿Todo bien? —preguntó el barman maliciosamente.

—Perfecto, Billy. Muchas gracias.

—¿Y la dama?

—Liquidé la cuestión. No quiero más compromisos.

—Hizo bien —aprobó Billy—. Ciertas damas no dan sino

quebraderos de cabeza. ¿Qué le sirvo, señor Rymer?

—Tengo poco apetito. Un café con un buñuelo.

—Muy bien, al momento...

—Billy —preguntó Frank—, ¿qué dijo el tipo después de la llamada?

—Se encrespó conmigo —rió el barman. Éste era un sujeto fornido, recio, de potente musculatura—. Sólo le lancé una mirada y fue bastante para que se batiese en retirada, sin más.

—Gracias otra vez, Billy —sonrió el joven—. Tráigame el café, pronto.

—De acuerdo.

Tras haber consumido el parco desayuno, Frank se dirigió a su trabajo. El día se le hizo infernalmente largo, pero su jornada tuvo un final.

Salió de la oficina con un suspiro de alivio. No obstante, supo dominar su impaciencia y no se dio prisa por llegar al lugar de la cita. Quería llegar con cierto retraso.

Myra se pondría nerviosa. Eso le convenía.

CAPÍTULO IV

Myra, en efecto, estallaba de impaciencia cuando Frank se sentó enfrente de ella.

—Quince minutos de retraso —dijo la joven casi con cólera.

—Y algunos segundos —sonrió él. Se acercó una camarera y le pidió un Martini.

Myra esperó a que le hubiesen servido. Entonces, preguntó:

—Bien, ¿qué ha encontrado en la casa?

—¿Qué esperaba encontrar allí?

Ella dudó.

—Un paquete —dijo.

—¿Qué debía contener ese paquete?

—Eso no le importa, señor Rymer. Le pagué para que fuese a dicha casa y me trajera lo que encontrase en...

—Ya lo sé: en el cuarto tomo de la Enciclopedia Británica —de repente, se le ocurrió una idea—. Oiga, ¿es que ese tomo era falso o estaba hueco?

Myra enrojeció ligeramente. Frank supo así que había acertado.

—Bueno... —murmuró la joven. Impaciente, añadió—: ¿Me lo entrega o quiere hacerme ahora un chantaje?

—Dios me libre —contestó él—. Sin embargo, antes de darle lo... lo que encontré allí, me gustaría hacerle algunas preguntas.

—Puede que no me convenga contestarle.

—Entonces, me iré ahora mismo...

Myra alargó el brazo impulsivamente.

—No. Espere —pidió con avidez.

—¿Y bien?

—Responderé. Pregunte.

—¿Conocía usted a Cy Benning?

—Un poco —admitió Myra a regañadientes.

—¿Cómo cuánto?

—No le entiendo.

—¿Fue un conocimiento casual, el de dos vecinos que se encuentran a diario en la escalera... o había una relación más íntima entre ambos?

Myra se sofocó.

—¿Qué está insinuando? —exclamó, indignada.

—Conteste.

—Me pidió que me casara con él —dijo ella, desviando la vista.

—Y usted, ¿qué le respondió?

—Es un hombre atractivo, joven, de buena posición... pero no le amaba.

—Lo cual significa que usted da aún preferencia a las cosas del corazón.

—Claro, ¿qué se creía? El matrimonio es una cosa muy seria, Frank.

—Sobre todo, para el hombre que se case con usted —sonrió el joven.

Myra se ruborizó.

—Deje de halagarme y hable de una vez —rogó, algo más tranquila.

—¿Ha leído los periódicos? —preguntó Frank.

—No, no suelo hacerlo. Demasiadas preocupaciones: guerra por aquí, revolución por allá... La verdad, leer hoy un periódico es adquirir una preocupación para el resto del día.

—Una filosofía muy sana —aprobo él. Sacó el ejemplar del *Post* que aún conservaba—. Si se hubiera casado con Benning, a estas horas sería la viuda de un abogado de prometedora carrera.

Desplegó el diario ante los ojos de Myra. Ella, palideció intensamente.

—Dios mío —murmuró en voz baja.

Frank dejó el periódico a un lado.

—Benning estaba muerto en la biblioteca, cuando yo llegué —manifestó.

El pecho de la joven subía y bajaba convulsivamente.

Frank encendió un cigarrillo y se lo pasó a Myra.

Ella aspiró el humo con fuerza un par de veces.

—Me parece imposible... —murmuró.

—Lo vi yo mismo y escapé, como es lógico.

—¿Estaba ya muerto cuando llegó?

—Sí.

Myra bajó la cabeza.

—Entonces, su viaje a la casa, resultó inútil.

—No.

—Explíquese, por favor —pidió Myra, muy nerviosa.

—Encontré el cadáver, después de haber examinado el tomo de la Enciclopedia. Naturalmente, me largué con la mayor rapidez posible.

—¿Y no halló nada en el tomo?

—¿Tanto le interesa lo que debía haber allí?

—No puede usted imaginárselo, Frank.

—En efecto; me siento incapaz. Pero es mi deber decirle que el tomo no estaba hueco, sino completo.

Los ojos de la muchacha se dilataron por el asombro.

—¡Imposible! —exclamó.

—No me llame embustero —rezongó Frank—. Le digo exactamente lo que vi.

—Entonces, cambiaron el tomo —murmuró ella.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Derell Zenko.

Frank encendió un cigarrillo para sí mismo.

—No se puede decir que sus amistades sean muy escogidas, señorita Wedder —comentó mordazmente.

—Zenko no es amigo mío —respondió ella casi con violencia.

—Pero se relaciona con él.

—Eso fue en el pasado.

—¿Y ahora?

Los ojos de Myra relampaguearon.

—Ahora —manifestó con voz tajante—, quiero derrotarlo.

—Por medio de ese supuesto paquete que yo debía hallar en casa de Sol Tubble.

—Exactamente.

—Pero el paquete no estaba.

—Usted me ayudará a encontrarlo.

—No veo cómo, señorita Wedder. ¿Sabe de otro sitio donde pueda hallarse?

Ella movió la cabeza con gesto desanimado.

—No. Tenía que estar allí —contestó.

—¿Quién se lo indicó?

—Un... amigo —respondió Myra evasivamente.

Frank sintió como una especie de puñalada de celos.

¿Quién era ese amigo, se preguntó?

—¿No puede darme más detalles? —pidió.

Myra enderezó el cuerpo. Su busto, de espléndidas curvas, destacó con fuerza bajo la seda del vestido.

—Perdone —dijo—, pero creo que es usted el que está a mi servicio y no yo al suyo.

—Es cierto —convino él—. Me pagó mil dólares. Y no fueron desaprovechados del todo.

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó Myra ansiosamente.

Frank puso delante de ella el papel escrito la víspera en la biblioteca de la casa de Hill Road.

—Encontré esto en lugar del paquete —manifestó—. Léalo.

Myra escrutó con gesto de asombro las líneas escritas en el papel. Al terminar, levantó los ojos y los clavó en el rostro del joven.

—¿Estaba dentro del libro? —inquirió.

—No. Pasé hoja por hoja. Había algunas palabras subrayadas con tinta roja y se me ocurrió anotarlas una tras otra. Éste fue el resultado.

Myra releyó la frase. Su aspecto era de intensa concentración.

—Parece un mensaje en clave —observó Frank.

—Lo es —afirmó ella—. Hay en el puerto una taberna llamada «The Three Mouses».

—¡«Los tres Ratones»! —resopló Frank.

—Exactamente —las pupilas de Myra resplandecían de un modo singular—. El puerto está situado en el estuario del río. Al anochecer, muchos días, la niebla sube río arriba.

Frank chasqueó los dedos.

—Eso significa que tres individuos se reúnen allí para... ¿Para qué, Myra?

—A usted le compete averiguarlo, Frank —contestó la joven—. Pero tenga en cuenta que la taberna, aunque no de modo oficial, es propiedad de Derell Zenko y que le sirve de cuartel general para sus trapacerías.

—Vaya un jefe de sindicato —gruñó el joven.

—Es un asesino, Frank.

—Pero está libre.

—Si usted me ayuda, lo encerraremos en la cárcel para siempre.

Frank arrugó el entrecejo.

—¿Qué interés particular tiene usted, en encarcelar a Zenko?

—Por favor, no me lo pregunte —rogó ella lastimeramente.

El joven lanzó una mirada hacia el extraño mensaje.

—¿Quiere que vaya a «Los Tres Ratones» cuando suba la niebla?
—preguntó.

Myra pasó una mano a través de la mesa y la apoyó sobre la de Frank.

—Sí —murmuró con voz cálida, insinuante.

—¿Y qué he de hacer allí?

—Usted es lo suficientemente discreto para actuar sin necesidad de mis consejos. Por otra parte, no sé qué podría indicarle yo, salvo... salvo que debe encontrar ese paquete a toda costa.

—¿Son las pruebas que permitirían encerrar a Zenko?

—Creo que sí, Frank.

El joven reflexionó unos momentos.

—Está bien, pero con una condición, señorita Wedder.

—Llámeme Myra, Frank —pidió ella.

—De acuerdo, Myra —Frank sacó una pluma y se la tendió a la joven—. Escriba ahí su domicilio y su número de teléfono.

—¿Es necesario, Frank?

—Sí, si quiere que vaya a «Los Tres Ratones».

Myra suspiró y acabó haciendo lo que el joven le pedía.

—Muy bien. Iré cuando haya niebla —prometió Frank después de guardarse la nota que le entregara Myra en el bolsillo.

—Pregúntelo al Servicio Meteorológico —indicó ella.

—Buena idea, Myra.

La joven recogió su bolso y los guantes y se puso en pie.

—No deje de tenerme al corriente de sus pesquisas, Frank.

—Se lo prometo, Myra.

La joven se marchó. Frank volvió a sentarse.

Encendió un cigarrillo. Una pregunta acudió de inmediato a su mente.

—¿Por qué la ayudo?

No era por los mil dólares. Ganaba un buen sueldo y tenía unos cuantos miles ahorrados. Ciertamente, no era una suma que pudiera ser desdeñada, pero, en su caso, no era el principal motivo.

—Sus ojos... y lo demás —sonrió, contemplando las ondulantes líneas de humo que se desprendían del cigarrillo.

Y luego recordó que ella había hablado de un amigo, cosa que le puso de malísimo humor.

Pero ya era tarde para rectificar. Iría a «Los Tres Ratones»... cuando subiese la niebla del río.

CAPÍTULO V

La niebla subió aquella noche.

Los vapores se adherían pegajosamente a los barcos anclados en el estuario, a los muelles, a los tinglados, a los faroles, a las casas... El suelo estaba brillante a causa de la humedad.

Frank caminó lentamente, con las manos en los bolsillos. Era preciso reconocer que el barrio portuario no gozaba de muy buena fama, y no sólo por las delictivas actividades del sindicato de Zenko.

El aspecto de Frank había cambiado notablemente.

Su pelo había adquirido un color más claro, debido al agua oxigenada. Encima del labio superior, llevaba un bigote de guardarropía.

Era discreto en el vestir, pero elegante. Ahora, sin embargo, cubría su cuerpo con unos pantalones azules, un jersey negro, alto cuello, y un chaquetón corto, de color también azul. Un cigarrillo a medio consumir pendía de la comisura de sus labios.

La niebla era muy espesa. Apenas se distinguían los objetos a veinte metros de distancia.

Una sirena de barco roncó a lo lejos. En medio del estuario se oía el monótono tañido de la campana de una boya flotante.

Un difuso resplandor apareció ante sus ojos. Tres ratones sentados, en neón rojo, aparecieron ante sus ojos.

Alguien se destacó a su encuentro. Era una mujer de rostro ajado y pintarrajeado, de cuerpo opulento y andares insinuantes.

Llevaba un cigarrillo en la mano.

—¿Fuego, buen mozo? —pidió.

Frank le dio cerillas. Ella inhaló el humo.

—Gracias, buen mozo. Invítame a una copa —pidió.

Frank metió la mano en el bolsillo y sacó un billete de a cinco dólares.

—Invitada —dijo secamente.

Y siguió su camino. La mujer se había quedado paralizada por el asombro.

De pronto, Frank volvió sobre sus pasos.

—Oye, tú —la llamó.

Ella acudió prestamente.

—Dime, buen mozo.

—Me llamo Frankie —gruñó él—. ¿Cuál es tu nombre?

—Clara. ¿Quieres saber también el apellido?

—No. El nombre es suficiente —Frank agarró su carnoso brazo—. Ven, tomaremos juntos una copa en «Los Tres Ratones».

—Magnífico —rió ella profesionalmente.

Entraron en la taberna. Era limpia, pero no dejaba de ser un tugurio.

Había marineros de todas las razas y nacionalidades. También había mujeres pintarrajeadas.

Frank estudió rápidamente el local. Vio un largo mostrador a su derecha y una serie de puertas que supuso darían a otros tantos reservados. En el lado opuesto, había una escalera que conducía al piso superior y que concluía en un pequeño rellano, con tres puertas.

Los clientes eran atendidos por varias camareras de dudosos encantos. Un barman, de aspecto patibulario, servía tras el mostrador.

Frank divisó una mesa no lejos de la escalera.

—Vamos allá, Clara.

Se sentaron. Una camarera se les acercó y apoyó una mano en una silla y otra en su cadera, con aire displicente.

—Hola, Clara —saludó con voz bronca—. ¿Amigo tuyo?

—Sí, se llama Frank —contestó la mujer—. ¿Qué tomamos, Frank?

—Lo que tú digas, con tal de que sea bueno —sonrió el joven.

—Trae una botella de ginebra, Berta. De la que a mí me gusta.

—Por supuesto.

La camarera se alejó y volvió al poco rato con una botella y dos vasos. Quedó en pie, esperando significativamente.

Frank sonrió. Metió la mano en el bolsillo y sacó dos billetes de a cinco dólares.

—¿Está bien así, Berta?

—Bueno —contestó la camarera con indiferencia.

Se alejó. Un hombre entró en aquel momento.

Era fuerte, aunque más bajo que Frank. Parecía marino mercante, a juzgar por su indumentaria.

Permaneció unos momentos detenido en el umbral, como si buscara a alguien. De pronto avanzó hacia una mesa y se inclinó sobre un individuo.

Frank se dio cuenta de que el hombre sentado era el mismo que le había estado espiando la noche anterior. El recién llegado habló brevemente con el hampón y luego se dirigió hacia la escalera.

Frank le vio desaparecer por la puerta de la derecha. Clara hablaba sin cesar, pero el joven no la escuchaba.

Diez minutos más tarde, llegó otro individuo. Su aspecto no era más agradable que el del anterior.

Habló también con el hombre de Zenko y desapareció en el piso superior. Frank pensó: «Éste es el ratón número dos».

Atendía a Clara distraídamente, lo justo para no hacerse demasiado sospechoso. La mujer trasegaba vaso tras vaso de ginebra. Una alcohólica ternura se desprendía de ella y la hacía apoyarse con frecuencia en el hombro del joven.

Diez minutos después, otro sujeto ascendió por la escalera. Entonces, Frank adquirió la seguridad de que los tres ratones se habían reunido ya.

—Clara —dijo.

—Sí, querido —contestó la mujer con voz estropajosa.

—Aquí hay demasiada gente. Dile a Berta si puede darnos una habitación del piso superior.

—Desde luego.

Berta acudió enseguida. Frank le deslizó en la mano otros dos billetes.

El rostro adusto de la camarera se dulcificó un tanto.

—Os subiré otra botella —prometió.

Frank rodeó con el brazo el talle de la mujer y emprendió el ascenso. Berta llegó al reservado poco después.

—Divertirse, pareja —deseó, sonriendo.

Apenas se hubo marchado la camarera, Frank corrió hacia la puerta y pasó el cerrojo. De pronto, sintió que Clara se le echaba

encima, colgándose de su cuello, a la vez que murmuraba frases insinuantes, envueltas en un terrible olor a alcohol.

—Espera un momento —rogó—. No seas impaciente. Tomemos otra copa, ¿quieres?

—Me gustas —sonrió Clara turbiamente—. Nunca había visto a un buen mozo como tú...

Frank se desasíó del pegajoso abrazo y destapó la botella, llenando un vaso que entregó a la mujer.

—Bebe.

Casi le hizo ingerir el vaso entero a la fuerza. Clara se tambaleó perceptiblemente.

Frank le dio otro vaso. Apenas unos segundos después de terminarlo, Clara dio unos traspiés, amenazando con caer al suelo.

El joven la recogió en brazos y la depositó sobre un pringoso diván que había en un lado de la estancia. Clara empezó a roncar en el acto.

—¡Uf! —suspiró Frank—. Creí que no lograría deshacerme de ella.

Se acercó a uno de los tabiques y aplicó el oído. Le pareció oír voces, pero la pared, aunque delgada, no permitía captar los sonidos en toda su claridad.

Miró en torno suyo. Le interesaba ver lo que ocurría en la habitación contigua.

Había una ventana. Se acercó a ella y la abrió.

El suelo quedaba a cinco metros. Torció el gesto.

De pronto, se dio cuenta que la ventana de la estancia contigua quedaba relativamente cerca. Regresó sobre sus pasos y apagó la luz.

Se quitó el chaquetón, que dejó sobre el diván. Luego abrió la ventana y pasó las piernas por el alféizar.

Contorsionando el cuerpo, quedó colgado por las manos del antepecho. Estiró el brazo izquierdo y sus dedos tocaron el de la ventana de la otra habitación.

Hizo un esfuerzo y quedó colgado de la otra ventana. Se balanceó un par de veces, pero logró mantenerse, suspendido en el vacío.

Flexionó los brazos, izándose centímetro a centímetro, hasta que sus ojos rebasaron el nivel del alféizar. Entonces pudo ver lo que

pasaba en la otra habitación.

Los tres individuos se hallaban reunidos en torno a una mesa, junto con otro de expresión voraz y autoritaria, vestido con cierta chillona elegancia. Frank no lo conocía, pero adquirió la seguridad de que era Derell Zenko.

La reunión, no parecía caracterizarse por su cordialidad. Uno de los tres ratones daba la sensación de hallarse sumamente incómodo con Zenko.

El sujeto le apostrofó con violencia. Frank no pudo oír lo que decía, pero sus ademanes eran hartos significativos.

Súbitamente, Zenko sacó una pistola con silenciador. Frank se quedó horrorizado.

El individuo que discutía con Zenko intentó levantarse, lleno de pavor, a la vista del arma. Fríamente, Zenko apretó el gatillo dos veces.

Los otros dos sujetos se echaron precipitadamente hacia atrás, derribando las sillas, mientras su compañero caía de costado al suelo. Zenko les dirigió una mirada terrible.

Frank sudaba copiosamente.

Sentíase espantado.

La noche anterior había visto el cadáver de un hombre asesinado. Ahora acababa de presenciar un crimen.

Zenko enfundó la pistola y agitó un puño en dirección a los otros dos sujetos, los cuales parecían, efectivamente, unos ratoncillos. Frank comprendió que el hampón les estaba ordenando que guardasen silencio.

Los dos hombres asintieron. Frank se dijo que allí ya no tenía nada más que hacer.

Su obligación era dar cuenta a la policía. Pero primero tenía que salir de la taberna, sin levantar sospechas.

Momentos después, se hallaba de nuevo en el reservado. Clara roncaba estrepitosamente.

El joven sintió que le temblaban las piernas. Apenas si tuvo ánimos para cerrar la ventana y correr las húmedas cortinas, que impedían el paso de la luz al exterior.

Buscó a tientas el interruptor. La oscuridad desapareció.

A Frank no le gustaba la ginebra, pero sentía que necesitaba un buen trago. El alcohol le hizo reaccionar un tanto.

Luego se puso el chaquetón y se dirigió hacia la puerta. Descorrió el cerrojo, pero cuando iba a salir, oyó que se abría la puerta de la habitación contigua.

Retrocedió vivamente, dejando solo una rendija. Zenko, seguido de los dos sujetos, salían de la estancia en aquel momento.

Cuando llegaron al piso inferior, Zenko, habló brevemente con el barman. Éste pareció sorprenderse un momento, pero luego asintió con la cabeza.

Frank se dijo que debía salir cuanto antes, sin dar tiempo a que los secuaces de Zenko hicieran desaparecer el cadáver. De pronto, notó los brazos de Clara en torno a su cuello.

—Cariño... —murmuró la mujer tartajosamente.

Frank forcejeó por desasirse de aquel apestoso abrazo. Ella, sin embargo, apretaba con más fuerza a cada segundo que pasaba.

—Suéltame —rugió coléricamente.

Pegó un empujón y la mujer trastabilló, enojada.

—¿Qué diablos te pasa? ¿Acaso no soy lo suficientemente buena para ti?

—Escucha, Clara, preciosa; ahora tengo mucha prisa.

El alcohol nublaba el entendimiento de la mujer. De pronto, agarró la botella y la lanzó a la cabeza del joven.

El gesto resultó tan inesperado, que Frank no pudo esquivar por completo el proyectil. Sintió un fuerte choque en un lado de su cráneo, un estallido de vidrios rotos y perdió el conocimiento.

Cuando despertó, se encontró reclinado en el amplio y blando seno de Clara, la cual derramaba abundantes lágrimas sobre su cara. La mujer le apoyaba un pañuelo sobre la frente y parecía terriblemente acongojada.

—Tienes que perdonarme —pedía—. Lo hice en un momento de rabia, sin darme cuenta...

Frank emitió un gruñido.

—Está bien —dijo—. Todo ha pasado ya.

—¿No me guardas rencor? —preguntó ella anhelosamente.

—Claro que no —Frank hizo una mueca—. La culpa ha sido mía.

—Eres un chico estupendo —sonrió Clara, que parecía mucho más despejada—. Pero ¿por qué usas bigote postizo?

—¿Por qué me lo has quitado? —Gruñó.

—Se te removió cuando trataba de curarte —explicó ella—.

¿Eres policía?

—¿Por quién me has tomado? —contestó él, fingiendo ofenderse

—. No, sólo trataba de...

Se sentó en el suelo, tocándose la frente.

—Has sangrado un poco, pero la hemorragia se cortó ya —dijo Clara.

Frank suspiró.

—¿Cuánto tiempo he estado desmayado?

—Casi una hora, llegué a asustarme —confesó ella.

—Una hora —se lamentó Frank—. Demasiado, demasiado tiempo.

CAPÍTULO VI

Frank se contempló al día siguiente en el espejo con aire melancólico.

Una tira de tela adhesiva cubría la herida que le había causado el botellazo. Veinticinco dólares le habían dado al derecho de pedir a Clara que no hiciese más preguntas y que guardase silencio sobre él y su bigote postizo.

La mujer sabía que, en determinadas ocasiones, la mejor táctica era la de guardar silencio y así se lo prometió.

Por otra parte, el botellazo no había resultado tan perjudicial como parecía. Una disputa entre dos enamorados eventuales, con lanzamiento de proyectiles, era el mejor medio de evitar sospechas.

Claro que ello tenía una desventaja: Zenko debía de haber conseguido hacer desaparecer el cuerpo del delito.

Así lo comprobó poco después, cuando leyó los periódicos. Ninguno hacía la menor mención al crimen cometido la víspera en «Los Tres Ratones».

Frank había avisado anónimamente a la policía. Pero cuando los agentes llegaron a la taberna, no encontraron el menor rastro de que allí se hubiese cometido un asesinato.

Desayunó pensativamente. Zenko era un criminal.

Ahora ya no se trataba de los resentimientos de Myra, más o menos justificados. Él le había visto disparar dos veces y matar a un hombre, aunque ignoraba los motivos.

Si al menos pudiese encontrar a alguno de los dos ratones supervivientes...

Terminó de desayunar. De repente, se le ocurrió una idea.

Levantándose, se dirigió a la cabina telefónica y hojeó la guía. Momentos después, se ponía en comunicación con el domicilio de Zenko.

—Está durmiendo —contestó a su llamada una voz de timbre

ronco.

—Dígale que se levante —habló Frank con voz autoritaria—. Le conviene hacerlo.

—¿Quién diablos se ha creído que es usted para molestar al señor Zenko tan temprano? ¡Váyase al diablo, estúpido!

—Un ratón murió anoche —dijo Frank—. Repítale eso de mi parte.

Hubo un momento de silencio. Luego, la voz contestó:

—Espere.

—Claro —rió el joven.

Pasó un minuto. De pronto, Frank oyó una voz autoritaria.

—¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere de mí? Hable pronto; tengo los minutos contados.

—Es posible que diga la verdad, Zenko —manifestó Frank serenamente—. Los asesinos tienen siempre los minutos contados.

Hubo un momento de silencio. Luego, Zenko dijo:

—Sería mejor que hablase claro de una vez. ¿Quién es usted?

—Un amigo de Myra Wedder. ¿Qué le dice eso, Zenko?

Frank oyó una soez maldición.

—¿Habla en nombre de ella? —preguntó el asesino.

—Tal vez.

—Está bien. Formule su proposición.

—¿Estuvo usted en la biblioteca de la casa de Sol Tubble? —preguntó el joven—. Me refiero al día en que apareció asesinado Benning.

—No, por todos los diablos. Y no tengo tampoco nada que ver con ese asesinato...

Frank dedujo que Zenko parecía sincero, al menos en este punto.

—Le creeré, pero sólo condicionalmente.

—¿Qué es lo que quiere decir, maldita sea? Me está haciendo perder el tiempo...

—A un hombre sentenciado a muerte, el tiempo no debe importarle en absoluto —dijo Frank con voz lúgubre.

—¿Me está amenazando? —rugió el hampón.

—Había tres ratones. Uno murió anoche. ¡Pam, pam! Dos tiros... y al otro barrio.

El joven se estaba divirtiendo muchísimo con el desconcierto de Zenko.

—No sé de qué me está hablando —refunfuñó Zenko.

—Sencillamente, le vi disparar contra uno de los ratones. ¿Por qué discutían, Zenko?

—¡Eso es mentira! ¡Yo no...!

—Usó silenciador, para mayor precisión. ¿Le convence este detalle, Zenko?

De nuevo se produjo una pausa de silencio.

—Escuche, amigo, no sé quién es usted, pero podemos arreglarnos —dijo el hampón—. Hágame una proposición y, si es sensata, procuraré complacerle.

—¿Hasta dónde?

Zenko dudó nuevamente.

—Diez mil —dijo al cabo.

—Tipo roñoso —le insultó el joven.

—Quince mil —rugió Zenko—. Es mi última palabra...

—Olvídelo, asesino.

—¡Veinte mil! —aulló el hampa.

—Le llamaré otro rato. Tiene que pensárselo, y recuerde también que una microcámara... ¡es tan fácil de llevar en cualquier bolsillo y tan sencilla de usar en cualquier momento!

Frank colgó antes de que el rufián tuviera tiempo de contestarle.

Ciertamente, no pensaba hacerle un chantaje, tal como Zenko debía de pensar en aquellos momentos.

Pero el saber que alguien le había visto disparar y matar a un hombre, le sumiría en no pocas perplejidades e incluso llegaría a atemorizarse. Además, creería que la escena había sido fotografiada.

La policía, no podía contar con ninguna prueba de aquel crimen. Por lo tanto, resultaba imprescindible atacarle por otro flanco.

¿Cómo?, se preguntó.

Ya encontraría alguna manera, se dijo De momento lo más conveniente, era seguir llevando su vida normal.

Salió de la cafetería y se dirigió a la oficina.

Myra Wedder llegó a su casa, se encontró una visita.

Llovía ligeramente, La joven se quitó el impermeable de color amarillo que cubría su esbelto cuerpo, se despojó del capuchón y sacudió los cabellos, que pendieron sueltos sobre sus hombros.

—¿Cómo ha entrado en mi casa? —preguntó.

Frank le ofreció un vaso.

—Por la puerta —dijo, sonriendo.

—No le pregunto por dónde, sino cómo. No me gusta que la gente entre en mi apartamento sin permiso —declaró ella con cierta hosquedad.

—El dinero, sabiamente empleado, es la mejor de las llaves —filosofó el joven.

—Me quejaré a la administración del edificio.

—No conseguirá probar nada. El conserje manifestará su más absoluta ignorancia cuando le interroguen al respecto y yo diré que entré aquí en su compañía.

—Es usted un tipo fresco. Me parece que me equivoqué al contratarle.

—Y yo al aceptar el encargo —respondió Frank sin pestañear—, por lo que, en vista de su actitud hostil, le diré adiós y...

—¡Espere! —dijo Myra, cortándole el paso—. No se vaya, por favor —se pasó una mano por la frente—. He pasado un mal día y me siento nerviosa. Discúlpeme, se lo ruego.

Frank la contempló Inquisitivamente.

—¿Dónde ha estado? —preguntó.

—No se lo diré. No tiene ninguna relación con este asunto —declaró Myra.

El joven guardó silencio un momento.

—Zenko ha declarado no haber asesinado a Benning —dijo al cabo—. ¿Tiene usted alguna idea de quién pudo haber sido?

—No... ¿Cómo sabe usted que Zenko no mató al abogado? —se extrañó la muchacha.

Frank terminó el contenido de su vaso y lo dejó a un lado.

—Me lo ha dicho él mismo —contestó.

—¿Ha hablado con él?

—Sí. Esta misma mañana.

—Es usted un hombre valiente —dijo Myra, admirada.

—Por teléfono, cualquiera lo es —rió Frank—. Pero me asaltan muchas dudas, francamente.

—Explíquese, por favor.

—Benning estaba muerto cuando yo llegué.

—Sí, ya me lo dijo.

—Usted confiaba en que yo encontrase un paquete en un tomo

hueco de la Enciclopedia Británica. Ese paquete no apareció ni el tomo era el que usted esperaba.

—Lo siento. Así me lo dijeron y yo...

—¿Quién se lo dijo?

Myra enderezó el busto arrogante.

—Mi informador —respondió en tono seco.

—¿Quién es?

—Dispénsame, pero no se lo diré.

Frank se encaminó hacia la puerta.

—He debido de gastar unos ciento y pico de dólares de los mil que me entregó. Le enviaré el resto por correo —dijo sin volver la cabeza.

Ella no se movió de su sitio.

—Es una lástima —murmuró—. ¡Confiaba tanto en usted!

Frank estuvo a punto de ablandarse, pero se dijo que le convenía mostrarse un tanto duro. «Ya volverá, si le interesas», se dijo.

Abrió la puerta y salió sin que Myra hubiese añadido una palabra más a las ya pronunciadas.

Aquella noche era de reunión con sus amigos.

Uno de ellos era el policía. Había también un excelente dibujante, un abogado, un próspero comerciante, y un empleado de banco.

Las puestas eran modestas. Más que reunirse para jugar, lo hacían para consumir un par de botellas y charlar amigablemente.

Frank tuvo la suerte de cara casi toda la noche. Ligaba las jugadas más inverosímiles y hasta cuando faroleaba sin cartas de valor, sus rivales en el juego se achicaban.

El dibujante, un par de horas más tarde, dijo, molesto:

—¡Caramba, Frank! Alegra esa cara. Estás ganando y parece que estés asistiendo a tu funeral.

—Lo siento, es que tengo la cabeza lejos de aquí —se excusó el joven, tratando de sonreír.

—¡Demonios! —rezongó el comerciante—. La tiene lejos... ¿qué hubiera pasado si llegas a estar atento al juego?

Frank repartió cartas. De pronto, preguntó:

—Tomás, tú que eres policía y conoces a mucha gente, ¿te suena el nombre de Wedder?

Cerdoso le miró con cierto recelo.

—¿Por qué me lo preguntas? —dijo.

—Simple curiosidad —sonrió el joven—. El otro día me presentaron a una chica guapísima...

—Myra Wedder —citó Cardoso.

—La misma. ¿Es que la conoces?

El policía movió la cabeza afirmativamente.

—Trabajaba como empleada en las oficinas del Sindicato de Cargadores Portuarios —contestó—. Su hermano era el secretario y cometió un desfalco por valor de más de ciento cincuenta mil dólares. Naturalmente, fue a parar a la cárcel y allí está todavía.

—Vaya un pellizco —comentó el vendedor de automóviles.

Frank procuró disimular la impresión que le había causado la noticia.

—Me dio la sensación de que es una muchacha honesta, aunque claro, sólo por hablar con una persona algunos minutos no se puede sentar un juicio definitivo —manifestó.

—Ella parecía estar complicada en el desfalco, pero se logró demostrar su inocencia. ¿Cómo la conociste, Frankie?

El joven buscó rápidamente una excusa convincente.

—Bueno, vino a buscar trabajo a mi compañía. Hizo unas pruebas y el jefe de la sección correspondiente me la presentó, eso es todo, Tomás.

—Ah —dijo el policía.

Continuaron jugando. Frank ganó varias manos casi seguidas.

Al fin, se disolvió la reunión.

—He ganado ochenta y tantos dólares —sonrió el joven—. A propósito, Tomás, ¿qué condena recibió Wedder?

—Once años, Frankie. Lleva apenas seis meses en la cárcel, así que calcula lo que le queda.

—Es sencillo —dijo Frank sonriendo—. Gracias, Tomás.

CAPÍTULO VII

El hombre caminaba irregularmente. Vestía con pobreza y por uno de los bolsillos de su chaqueta asomaba el pico de una botella.

Era un individuo de mediana edad, con un lacio bigote que le caía a ambos lados del labio superior. Canturreaba a media voz, mientras hacía visibles esfuerzos para mantener una línea recta en su camino.

Había una mujer debajo de un farol. El hombre se puso un torcido cigarrillo entre los labios y se acercó a ella.

—¿Tienes un fósforo, guapa? —preguntó con voz estropajosa.

—¡Vete al diablo, viejo borracho! —le apostrofó Clara.

El hombre la miró, sonriendo estúpidamente.

—¿También el demonio tira botellas a la cabeza de sus clientes? —preguntó.

Clara le miró atónita.

—¡Rayos! ¡Si es...!

—El mismo —sonrió Frank, aunque sin abandonar su papel de beodo—. ¿Te parece que hablemos en algún sitio discreto?

—Tengo una habitación cerca de aquí —insinuó ella.

—Magnífico. Guíame, por favor.

Clara echó a andar. Frank se colgó de su brazo, y caminó dificultosamente, pese al apoyo, mientras canturreaba entre dientes una antigua canción tabernaria. Pocos momentos después, estaban en la habitación de Clara.

—Tengo por ahí una botella —dijo la mujer.

—No quiero beber, gracias —respondió Frank, abandonando la ficción de la embriaguez—. Pero puedes quedarte con ésta —le entregó la que llevaba en el bolsillo.

—Gracias, buen mozo —los ojos de Clara brillaban singularmente—. ¿A quién andas persiguiendo?

—Al asesino de un ratón. Pero no puedo hallarlo, aunque sé

quién es, mientras no hable con uno o los otros dos ratones restantes. Eran tres, ¿sabes?

—No te entiendo mucho, pero te ayudaré —prometió Clara—. Me has caído en gracia. ¿Eres detective privado?

Frank hizo una mueca.

—Algo por el estilo —contestó ambigüamente.

Ella le miró admirada.

—Sabes disfrazarte estupendamente —alabó—. Yo no habría sabido reconocerte, sí... Está bien, Frankie. ¿Qué es lo que debo hacer?

—Recordar, Clara —Frank sacó cigarrillos—. Trata de volver a la noche en que estábamos sentados en una mesa, antes de subir al reservado donde me atizaste el botellazo.

Clara se sonrojó, pero asintió.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué más?

—A poco de sentarnos, entró un sujeto, pasó junto a nosotros y subió al piso superior. ¿Te acuerdas de él?

La mujer se puso las manos en las sienes, como si fuera a concentrarse.

—Espera un momento, por favor —rogó.

Frank aguardó pacientemente. De pronto, Clara dejó escapar una exclamación.

—Sí, ahora caigo. Era Juan Janera.

—¿Quién es ese Janera? —preguntó Frank.

—Un marinero... Pero no sé dónde vive, Frank.

—¿Podrías averiguarlo?

—Lo intentaré.

Frank metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de billetes, que colocó en la mano de la mujer.

—Hazlo. Cuanto antes —pidió—. Te daré dos números de teléfono: el de mi oficina y el de mi casa. En cuanto sepas algo, llámame. No es necesario que seas muy prolija. Bastará que pronuncies tu nombre y el de la calle donde vive Janera. Yo comprenderé en el acto.

—De acuerdo. Me pondré al trabajo inmediatamente, Frank —prometió ella.

—Pero ten cuidado. Uno de los tres ratones murió asado a tiros. Lo vi yo.

Los ojos de Clara se dilataron por el horror.

—¡Cielos! —murmuró.

—Tú estabas dormida, pero... Bien, no es necesario que siga con más explicaciones.

Frank sacó papel y lápiz, anotó dos cifras y pasó el papel a la mujer.

—Recuerda: tu nombre y el domicilio de Janera —repitió.

Clara guardó el papel en el amplio escote. Luego extendió una mano y miró a Frank con expresión implorante.

—Quédate a tomar un traguito conmigo —rogó.

—Imposible. Lo siento, preciosa; pero el trabajo me agobia —respondió él.

Clara suspiró, poniendo de relieve las abundantes curvas del busto y se resignó a la marcha del joven.

—Está bien. Vete tranquilo, Frankie. Te llamaré en cuanto pueda.

—Gracias, preciosa. Espera unos minutos a que yo haya salido.

—Desde luego.

Frank dio dos palmaditas en la mejilla de la mujer y luego salió de la casa.

Era viernes. Tenía dos días de fiesta por delante.

Regresó a su casa, se cerró con doble vuelta de llave, como medida de precaución y, tras escoger un libro, se fue a la cama.

Al día siguiente se quedó un poco más tiempo en la cama, según su costumbre. Después de despertarse, se puso la bata y las zapatillas y se encaminó a la cocina, donde puso la cafetera al fuego.

Luego se dirigió a la puerta del apartamento. Sábados y domingos, el conserje le subía los periódicos. Solía arrojar un vistazo a los titulares y, después de bañarse, los leía mientras desayunaba. Abrió la puerta y se inclinó para recoger los dos diarios que había apoyados en la jamba.

Entró de nuevo. Desplegó el «*Post*».

Inmediatamente, sintió como si le hubiesen pegado una cox en pleno pecho.

¡FRANK RYMER, GOLPEADO BÁRBARAMENTE!

Ayer, unos desconocidos, asaltaron, aprovechándose de las sombras de la noche, a Frank Rymer, conocido director de una de las más reputadas agencias de investigación de la ciudad...

Frank se quedó con la boca abierta. Luego se tanteó el pecho.

—Pues yo no he sentido el menor golpe —comentó.

Sospechó que podía tratarse de una argucia de Zenko. Pero ¿qué pretendía con la publicación de una noticia tan absurda?

Él no había tenido jamás una agencia de investigaciones ni era conocido en la ciudad, salvo en dos reducidos círculos: el de su profesión y el de sus amistades. ¿A qué venía una cosa semejante?

Preocupado, se fue al baño. Al terminar su aseo, se vistió y se preparó el desayuno.

No había concluido aún, cuando sonó el zumbador de la puerta. Frank se puso en pie y corrió hacia el diván, donde aún tenía guardadas las dos pistolas.

Se metió una de ellas en la pretina del pantalón, dejando la chaqueta suelta, a fin de poderla sacar con rapidez si era necesario. Luego se dirigió hacia la puerta y la abrió.

—¡Myra! —exclamó atónito, al ver a la joven.

—¡Frank! —dijo ella ansiosamente.

—Entre, por favor.

Frank se echó a un lado. Myra cruzó el umbral, contemplándole con los ojos muy abiertos.

—Parece que esté viendo a un fantasma —observó él, un tanto molesto.

—Casi —respondió ella—. El periódico pone que recibí una tremenda paliza. Creí que estaría en cama...

—Nadie me ha tocado, Myra —contestó él.

De pronto, la muchacha se dejó caer sentada sobre el diván y escondió la cara entre las manos.

—¡Dios mío! ¡Qué catástrofe! ¡Qué estúpida he sido! —murmuró afligidamente.

—¿Puedo preguntarle qué le sucede? —dijo Frank.

Myra inspiró profundamente.

—Me confundí —respondió.

—No le entiendo —dijo él.

—Yo buscaba a Frank Rymer, el detective privado.

El joven respingó:

—Pero ¿existe ese sujeto?

—Claro. Lo que sucede es que, al buscar su dirección en la guía, me equivoqué de Frank Rymer y anoté su domicilio, en lugar del de su homónimo. No quería verle en su oficina, sino en su casa particular y...

—Entonces, por eso me tomó a mí por un detective privado, no siéndolo.

—Justamente —confirmó Myra con aire desanimado.

Frank se echó a reír.

—En medio de todo, no deja de tener gracia —declaró.

—A mí no me hace ninguna —contestó Myra, irritada—. Resulta que he estado perdiendo el tiempo, confiando una misión a un señor cualquiera, que no tiene la menor idea de cómo deben llevarse unas investigaciones.

—Ésa será su opinión, Myra, pero la mía es muy distinta —dijo el joven, no menos irritado—. No dudo de que el otro Rymer sea un buen detective, incluso que posea medios y agentes para realizar una investigación a fondo y a satisfacción del cliente, pero no creo que hubiese conseguido los resultados que yo he logrado.

Myra le dirigió una esperanzada mirada.

—¿Qué es lo que ha conseguido, Frank?

—Más de lo que usted cree. Incluso he llegado a hablar con el propio Zenko.

—¿Qué le ha dicho?

—¿Quién: yo a él o él a mí?

—Es lo mismo —dijo Myra con impaciencia—. Hable de una vez. Frank, se lo ruego.

—Zenko acusó a su hermano de haber cometido un desfalco de ciento cincuenta mil dólares, ¿no es cierto?

Myra palideció.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—Interrogando a la gente —sonrió él—. Pero lo del desfalco, ¿es verdad o se trata de alguna trampa de Zenko?

—Fue una trampa de Zenko —dijo ella sombríamente.

—¿Por qué lo hizo?

—Míreme, Frank.

Hubo un momento de silencio.

—Comprendo —dijo él—. Zenko se encaprichó de usted.

—Sí.

—Y como usted se negó a ser juguete de su capricho, él se vengó.

—Exactamente —Myra tenía las mejillas completamente rojas.

—Y, a lo que parece, Zenko continúa aún loco por usted, pero mantendrá a su hermano preso, mientras usted no ceda.

Myra movió la cabeza afirmativamente.

—Sí —dijo con voz casi inaudible.

—Y usted, por lo visto, quiere hallar las pruebas de la inocencia de su hermano que, al parecer, se convertirían en las de la culpabilidad de Zenko.

Frank sonrió.

—No es por alabarme, pero creo que debe dar gracias a Dios por haberse confundido de Rymer. Váyase tranquila y confíe en mí. Aunque le parezca inmodestia, estoy tejiendo una red en torno a Zenko, para acorralarle de tal modo, que no tenga otro remedio que entregarme el paquete que usted desea. Ese paquete contiene pruebas de la inocencia de su hermano, ¿no es cierto?

—Eso creo...

—Váyase tranquila, muchacha —dijo Frank, sin dejar de sonreír—. Le aconsejo tenga paciencia, pero puede confiar en que, al final, Zenko acabará cayendo de lo más alto a lo más profundo y su hermano saldrá libre.

El busto de la muchacha palpitó tempestuosamente.

—¿Qué es lo que piensa hacer? —preguntó.

—Déjelo de mi cuenta. Es decir, si todavía quiere que yo siga adelante con el caso.

Una sonrisa dulcificó la expresión de Myra.

—Frank Rymer debió de sorprenderse muchísimo, cuando le asaltaron esos desconocidos para apalearle —dijo—. Pero ¿por qué lo hicieron?

—Estuve hablando con Zenko y le metí el miedo en el cuerpo —contestó Frank—. Seguramente, dio orden a sus esbirros de amedrentar a Rymer, pero debieron de hacerlo otros que no me conocen y se confundieron de personaje, eso es todo.

—Lo que resulta extraño es que usted no supiera de la existencia de otro Frank Rymer en la ciudad —observó ella.

—La guía telefónica no es mi lectura favorita —sonrió Frank.

—Está bien —Myra se puso en pie y le tendió la mano—. ¿Cuándo sabré algo, Frank?

—No tengo la menor idea, pero váyase tranquila; la llamaré por teléfono, apenas haya averiguado algo de interés.

Ella le dirigió una subyugante mirada.

—Sí —dijo—, ahora creo que tuve mucha suerte al confundirme aquel día.

El corazón de Frank se puso a dar locos saltos de alegría dentro de su pecho.

CAPÍTULO VIII

Aquel fin de semana, Frank lo pasó en su casa, esperando inútilmente la llamada de Clara. Llegó la mañana del lunes y la mujer no había dado señales de vida.

Después de mucho pensarlo, Frank decidió hacer una llamada telefónica antes de acudir a su oficina.

El esbirro de Zenko le dijo que no se podía molestar a su amo. Estaba durmiendo y...

—Soy Rymer. Que se levante —dijo el joven implacablemente.

Momentos después, oía la bronca voz del hampón.

—¿Qué diablos quiere, Rymer? —preguntó—. ¿Es que no tiene bastante con la «advertencia» que recibió?

—Ah, pero aquella «advertencia», ¿era destinada para mí? —preguntó Frank fingiendo inocencia.

—No se haga el gracioso. La próxima vez...

—Zenko, ¿se le ha ocurrido consultar la guía telefónica? Un rimero de nombres es, a veces, una lectura apasionante. Vea la guía, ande; le espero sin colgar. Por supuesto, busque en la letra R. R de Rymer, Zenko.

Hubo un momento de silencio. A Frank le hubiera gustado ver la cara que ponía el hampón.

—Rymer —bramó Zenko.

—Estoy aquí todavía —contestó el joven.

—¿Quién diablos es usted, si puede saberse?

—Frank Rymer, claro.

—Usted no...

—Yo, sí, Zenko. Me llamo Frank Rymer, aunque usted no lo crea. Lo que pasa es que los idiotas que trabajan para usted, se confundieron miserablemente y golpearon a un inocente.

Zenko dejó escapar una horrible maldición.

—Escuche, Rymer, guárdese de mí. Escóndase en lo más

profundo, porque...

—Usted no hará nada, Zenko —le interrumpió el joven—. Y digo que no hará nada, porque me parece haberle hablado ya de una microcámara, de una pistola con silenciador y de un ratón frito a balazos. En el momento en que sus hombres me recorten siquiera la uña del índice, la policía recibirá una fotografía de un conocido jefe de sindicatos, disparando contra un sujeto cuyo cadáver no ha sido hallado, ¿comprende?

Hubo un momento de silencio.

—Está bien. ¿Cuánto quiere por...? —preguntó Zenko al cabo.

—De momento, nada. Sólo salvaguardar mi integridad personal. Cuando lo crea conveniente, ya le diré lo que debe hacer. Pero, repito; que no me toquen sus hombres o usted irá a la horca. Adiós.

Colgó el teléfono.

Zenko estaría con el alma en vilo. Por supuesto, no existía tal microcámara ni, mucho menos, la fotografía del asesinato. Pero Zenko no lo sabía.

Era preciso «ablandar» al asesino, alterar su tranquilidad, quebrar sus sólidas defensas mediante una guerra de nervios. Y entonces, cuando estuviese «maduro», el ataque final.

Marchó a la oficina, en donde trabajó con toda normalidad. A las cinco salió del despacho y regresó a su casa.

Cuando abría la puerta, sonó el teléfono. Corrió al aparato y lo descolgó ávidamente.

—Rymer —dijo.

—Clara. Calle Tiburón, 44, segundo, primera puerta.

Sonó un «click». Pero Frank tenía ya más que suficiente.

Se frotó las manos, satisfecho. Las cosas empezaban a marchar.

Al hacerse de noche, salió de casa. Vestía normalmente, aunque con un bigote postizo.

El nombre de la calle indicaba sobradamente el barrio en que se encontraba. Media hora más tarde, Frank se detenía ante una casa de no muy buen aspecto; hasta él llegaban las características emanaciones del cercano puerto.

Entró en la casa y subió al segundo piso. La primera puerta correspondía al domicilio de Janera.

Llamó con los nudillos, sin que nadie le contestase.

«Estará emborrachándose en alguna taberna», se dijo.

Y ya iba a marcharse, cuando se le ocurrió asir el pomo.

La llave no había sido usada. Empujó la puerta y cerró a sus espaldas.

Encendió la luz. Inmediatamente tuvo la explicación del silencio del dueño de la casa.

Juan Janera estaba muerto.

Yacía boca abajo, con el cráneo destrozado por dos o tres balazos.

Era imposible saber cuántos había recibido, dado el horrible aspecto que ofrecía su cabeza, literalmente deshecha por los proyectiles.

Frank se sintió acometido por una terrible náusea.

Tuvo que dejar pasar algunos momentos, antes de sentirse un poco mejor.

«La culpa es mía», se dijo.

Zenko estaba eliminando a los testigos de su crimen. Luego, cuando hubiese asesinado a los dos ratones, arremetería contra él y le obligaría a entregarle las fotografías comprometedoras.

«Unas fotografías que ni siquiera existen», pensó.

De pronto, reparó en un libro abierto que yacía sobre un desvencijado diván.

No lo tocó siquiera, pero se dio cuenta de que estaba ante el tomo de la Enciclopedia Británica que había buscado en casa de Tubble.

Por medio de una afilada cuchilla, se habían cortado las hojas en su interior, practicando el hueco necesario para contener un paquete en el mismo y dejarlo luego disimulado, al cerrar el libro. El hueco tenía las dimensiones precisas para contener en su interior un objeto oblongo, del tamaño doble de un paquete de cigarrillos.

Las pretendidas pruebas de la inocencia del hermano de Myra habían desaparecido.

Se preguntó qué relación podía tener Janera con aquel libro y su contenido esfumado. Pronto halló la respuesta.

Seguramente, se dijo, Janera había ido a casa de Tubble en busca de las pruebas, a fin de someter a presión a Zenko. Habíase encontrado allí con Benning y le había dado muerte... pero había muchos detalles que se le escapaban.

¿Cómo era posible que un marinero tuviese en su poder un tomo

de la Enciclopedia Británica? ¿De dónde lo había sacado? ¿Era Janera el autor del subrayado de la clave?

Sólo había una cosa de la cual pudiera estar seguro: el otro ratón, si no había muerto, estaba a punto de morir.

Pero ¿cómo encontrarlo?

Apagó la luz y abandonó la casa.

Se dirigió al farol donde solía apostarse Clara en busca de clientela. Clara estaba allí.

Frank se puso un cigarrillo entre los labios y tendió uno a la mujer.

—¿Quieres fumar, Clara? —invitó.

Ella le dirigió una sonrisa profesional.

—¿Me invitas a una copa? —preguntó.

—Claro. Pero no en «Los Tres Ratones».

—Desde luego. Vamos a otro sitio. «La Rueda de Plata» es un buen lugar.

Clara se colgó de su brazo. Recorrieron un par de callejas, húmedas y apestosas, hasta llegar al lugar indicado, cuyo aspecto no era mejor que el de «Los Tres Ratones».

Frank pidió una botella de ginebra.

—Bebe con moderación, Clara. Te necesito.

—Lo que tú digas, Frank.

Esperaron a que les sirvieran. Frank llenó las dos copas y entregó una a la mujer.

—Aguanta, firme, Clara, Janera ha sido asesinado —dijo.

Clara despachó su copa de un trago.

—Cielos —murmuró—. ¿Cómo...?

—Le volaron la cabeza a tiros, y cuando digo «le volaron», no empleo una frase hecha.

—Ese Zenko es terrible —murmuró la mujer.

—Lo estoy viendo. Por eso acudo a ti, Clara.

—¿Para qué?

—El compañero de Janera va a morir, si no ha muerto ya. ¿No tienes la menor idea de quién pueda ser?

Clara movió negativamente la cabeza.

—Conozco de vista a alguno de sus amigos, pero cualquiera de ellos puede ser el que estuvo aquella noche con Zenko y los otros dos en el reservado.

Frank se acarició la mandíbula con gesto preocupado.

—No me explicó cómo los estibadores mantienen a Zenko como jefe de su sindicato —dijo.

—Se mantiene él, gracias al terror impuesto por sus esbirros. Más de un cargador, que ha intentado protestar, ha ido a parar al fondo del mar con una piedra al cuello.

—Y nadie ha podido probarle jamás ninguno de sus asesinatos.

—Anda libre por ahí, ¿no?

Frank asintió. El terror, he ahí el arma de Zenko, se dijo.

—¿Tendremos que esperar con los brazos cruzados a que mate al último de los ratones? —murmuró.

—Posiblemente —dijo Clara—, no es un tipo por el cual deba llorar una persona decente, Frank.

—Estoy de acuerdo contigo, pero resultaría sumamente útil para mi poder encontrarle.

—Haré todos los posibles por averiguar quién es —prometió ella.

—No. Zenko debe de tener numerosos espías por todas partes. Si te vieran o sospechasen que metías las narices donde no debes, Zenko daría la orden de matarte en el acto.

Clara se estremeció.

—¿Cuándo aparecerá alguien que le dé su merecido a ese bribón! —exclamó. Sus ojos brillaban con furia—. Le odio, Frankie, créeme.

—¿Te ha hecho algo a ti en particular? —preguntó el joven, interesado.

Clara torció el gesto.

—No tiene ya importancia —dijo—. Fue hace bastantes años, cuando él parecía ser aún una persona decente y yo era poco más que una chiquilla. Pero ya pasó y... Está bien, Frankie; no te preocupes; te avisaré cuando sepa algo.

Frank emprendió el regreso a su casa sumamente preocupado.

Era terrible saber que un hombre iba a morir y no poder hacer nada por evitarlo. Ni aun avisando a la policía, conseguiría salvar al tercero de los ratones.

Además, su testimonio podía ser vital para condenar al jefe del sindicato.

Cuando llegó a su casa, se encontró con una inesperada visita.

Myra estaba allí esperándole. La joven se puso en pie al verle entrar.

—Creo que se equivoca de piso, caballero —dijo Myra cortésmente.

Frank se echó a reír y se levantó el bigote postizo.

—Todavía tengo buena memoria —contestó—. ¿A qué ha venido, Myra?

Ella le contempló con ojos atónitos.

—¡Cielos! ¡Estaba desconocido, Frank! —exclamó—. Hasta se ha teñido el pelo y... ¿Cómo lo ha conseguido?

—Formaba parte del cuadro artístico en la Universidad y seguí un curso de caracterización. Por cierto, en la compañía donde trabajo he tenido que inventarme una excusa para justificar lo de mi pelo, pero eso es ahora lo de menos. ¿Qué la trae por mi casa?

Ella hizo un gesto desazonado.

—No lo sé, exactamente —contestó—. Me sentía inquieta, nerviosa... y vine a verle.

—La puerta estaba cerrada con llave —dijo él.

—Me acordé de sus procedimientos para entrar —manifestó Myra intencionadamente.

—Claro —sonrió Frank—. Le sirvo una copa.

—De acuerdo.

Bebieron en silencio. Luego, Myra dijo:

—Ha estado investigando, supongo.

—Suposición acertada.

—Y... ¿qué ha encontrado?

—Un ratón muerto.

—No bromea, Frank —pidió la joven.

—No es broma, Myra. El ratón era de dos patas, pero no por eso estaba menos muerto. Tres o cuatro tiros en la cabeza.

Ella se le quedó mirando con la boca abierta de par en par.

—¿Habla en serio, Frank? —preguntó.

—Absolutamente. Era...

Sonó el timbre de la puerta. Los dos jóvenes volvieron a una la cabeza hacia la entrada.

CAPÍTULO IX

Rehaciéndose, Frank se acercó a la puerta y observó unos instantes a través de la mirilla.

De pronto, volvió corriendo al centro de la habitación y, cogiendo el bolso de Myra y su vaso, le entregó ambas cosas, indicándole una puerta cercana.

—Escóndase, aprisa —murmuró en voz baja.

Ella comprendió y obedeció en el acto. Entonces, Frank se acercó a la puerta y la abrió.

No conocía al hombre que había bajo el dintel, sonriéndole amablemente. Era joven, no mal parecido y vestía con corrección.

—¿Señor Rymer? —preguntó.

—Sí —contestó Frank—. ¿Quién es usted?

—Me llamo Eldon *Cross* y vengo a formularle una proposición en nombre del señor Zenko, del cual soy secretario privado. ¿Puedo pasar?

Rymer vaciló un momento, pero acabó por acceder.

—Está bien —contestó. Súbitamente, preguntó—: ¿Trae armas?
Cross sonrió.

—Por favor —dijo—. Vengo en misión de paz. ¿Cómo se le ha ocurrido...?

—El sentido común aconseja no fiarse de nadie que llegue en nombre de Zenko —respondió el joven mordazmente. Cerró la puerta—: ¿Puedo servirle de beber?

—No, muchas gracias —*Cross* paseó la vista por la estancia—. No está mal —comentó.

Rymer tomó un sorbo del vaso que se había preparado antes.

—¿Vino solamente para criticar la decoración de mi apartamento, señor *Cross*?

—Tal vez para mejorarla, señor Rymer.

Cross sacó del bolsillo un paquete envuelto en papel claro,

sellado con tiras engomadas y lo depositó sobre una mesita baja.

—¿Qué es eso? —preguntó el joven.

—Veinte mil dólares, señor Rymer —manifestó *Cross*, impassible.

Hubo un momento de silencio.

—Zenko parece que está muy apurado, ¿eh? —comentó Frank al cabo.

La sonrisa se había borrado de los labios de *Cross*.

—Esto es el precio de unas fotografías que usted obtuvo.

Frank estuvo a punto de soltar la carcajada. ¡Zenko se había creído lo de las fotografías!

Inclinándose, cogió el paquete y se lo devolvió a *Cross*.

—Tome, con mis mejores recuerdos para ese asesino —dijo.

El individuo le contempló con aire asombrado.

—¡Cómo! ¿Es que rechaza...?

—No aceptaría un solo centavo de Zenko, aunque me estuviese muriendo de hambre —respondió el joven muy seriamente—. Ese dinero está manchado de sangre... de la sangre de dos ratones y de la de un tercero que va a morir muy pronto, porque vio a Zenko cometer un asesinato y no querrá que hable. Y si yo estoy vivo aún, es porque tengo unas fotografías que lo comprometen extraordinariamente. A no ser por eso, ya habría seguido el mismo camino de un desdichado, a quién esta misma noche han metido unos cuantos balazos en la cabeza.

Cross permaneció callado unos instantes. De pronto, exclamó:

—¿Sabe lo que le digo? Pues que yo no creo que haya impresionado esas fotografías, señor Rymer.

—¿Por qué está tan seguro?

—Ya las habría enviado a la policía, ¿no?

—Parecería una actitud muy lógica, pero aunque pienso hacerlo algún día, en estos momentos no me conviene.

—¿Le molestaría aclararme los motivos de su actitud?

—Me molesta, en efecto, por eso no se lo digo.

Cross le miró fijamente. Su sonrisa había desaparecido.

—Está jugando con fuego —dijo—. Le aconsejo tenga cuidado, no se vaya a quemar algo más que las manos.

—Zenko está metido hasta el cuello en una hoguera. Dentro de nada, habrá ardido por completo.

—Esas fotografías no existen —declaró *Cross* secamente.

Frank sonrió.

—Dígale a Zenko que tenga un poco de paciencia y le enviaré un par de copias —prometió.

Cross pareció vacilar.

—Escuche, treinta mil dólares...

El joven se dirigió hacia la puerta y la abrió.

—Ésta es mi respuesta, señor *Cross* —dijo.

El hombre permaneció quieto durante un instante. Luego se dirigió hacia la salida.

—Informaré al señor Zenko su decisión —manifestó.

—Es su obligación —contestó el joven con toda cortesía.

Cuando *Cross* hubo salido, cerró con doble vuelta de llave y regresó al centro de la estancia.

Myra salía en aquel instante.

—¡Dios mío! ¡Frank! ¿Es cierto que tiene usted unas fotografías...?

—No, en absoluto —sonrió el joven—. Pero Zenko no lo sabe.

—Y usted trata de hacérselo creer.

—Justamente.

—Pero cuando vea que no le envía esas fotografías, se envalentonará y...

—De momento, está muy acobardado. Usted pudo verlo; me ofrecía veinte mil dólares. Y ya subía a treinta mil.

Ella le dirigió una penetrante mirada.

—Usted no es rico. ¿Por qué rechazó esa suma? —preguntó.

—No soy rico, pero soy decente —contestó Frank.

—Lo estoy viendo. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Todas las que quiera, Myra.

—Supongamos que, en efecto, poseyese esas fotografías. ¿Qué haría usted con ellas?

—Primero, presionar a Zenko.

—¿Presionar?

—Sí, para que su hermano pudiese salir de la cárcel.

El rostro de la joven se tiñó de rubor.

—¡Oh, Frank! —exclamó, conmovida.

Hubo un momento de silencio. De pronto, él, tras un ligero carraspeo, preguntó:

—¿Quiere tomar algo más, Myra?

Ella sacudió la cabeza.

—No. Debo irme, Frank —tenía los ojos húmedos—. Creo que cuando le encontré a usted, cometí la mejor equivocación de mi vida.

—Fue un encuentro que nunca olvidaré, Myra —sonrió él.

—¿Se acuerda de aquel momento todavía? —quiso saber ella, sonriendo también.

—¿Quién podría olvidarlo? —replicó.

Myra le contemplaba fijamente. De pronto, se le acercó y le echó los brazos al cuello. Frank se los quitó casi con brusquedad.

—¡Frank! —exclamó Myra, sorprendida.

—Por favor —rogó él—. No lo repita, Myra, se lo ruego.

Ella comprendió y sonrió.

—Sí, entiendo —dijo—. Pero al menos...

Se inclinó un poco hacia adelante y rozó la mejilla del joven con sus labios.

—Que Dios le bendiga, Frank —dijo, sumamente conmovida.

Luego se dirigió hacia la puerta. Con la mano en el pomo, se volvió hacia él.

—¿Frank?

—¿Sí, Myra?

—Antes me dio a entender que haría algo más que presionar sobre Zenko para que declarase la inocencia de mi hermano. Pero no me ha dicho...

—No tengo las fotografías, en efecto —contestó él—. Sin embargo, de tenerlas, las enviaría a la policía, tras haber liberado a su hermano.

—Sí, es una actitud muy lógica —convino ella.

Hizo una corta pausa y sonrió:

—Buenas noches, Frank —se despidió.

—Buenas noches, Myra.

Cuando la joven se hubo ido, Frank terminó su vaso y encendió un cigarrillo. Tumbado en el diván, reflexionó largamente.

¿Por qué no tendría unas fotografías?, se dijo. Realmente, sería un arma valiosísima para derrotar a Zenko ya que, según parecía, el medio ideado primitivamente por Myra había fracasado.

La clave estribaba en el contenido del paquete escondido en el tomo de la Enciclopedia Británica. Pero el paquete había

desaparecido... aunque resultaba fácil adivinar dónde se hallaba en aquellos momentos.

Zenko lo tenía. Por lo tanto, era ya un arma sin valor para ellos.

La única arma que podían emplear era el temor del forajido a las fotografías.

Pero éstas no existían. El «bluff» no podría ser mantenido por mucho tiempo. Cuando Zenko se percatase de que la amenaza ya no pesaba sobre él, pasaría al contraataque y... ciertamente, su venganza no tendría nada de dulce.

Era preciso algo para contrarrestar tal amenaza. Pero no encontraba ninguna solución.

—Lo mejor es echarse a dormir —se dijo—. Tal vez la almohada me dé un buen consejo.

Se lo dio. Por la mañana, cuando despertó, dio un salto de alegría.

—¿Cómo no se me habrá ocurrido antes? —exclamó, casi gritando.

Vistióse rápidamente y, tras asearse y desayunar, usó el teléfono.

La primera llamada era para su oficina. Dijo que se encontraba indispuesto y que aquel día no podría acudir al trabajo.

La siguiente llamada fue para un amigo suyo, miembro de la partida semanal de cartas. Charló unos momentos con él y, tras obtener su aquiescencia, salió a la calle.

La idea que se le había ocurrido dio resultado. Su amigo, sin embargo, le dijo que habrían de transcurrir al menos dos días antes de que tuviese listo lo que le había solicitado.

—No importa —contestó Frank—. Esperaré todo el tiempo que sea preciso.

Pasó toda la mañana en casa de su amigo. Al terminar, regresó a su apartamento.

Permaneció dos días encerrado, aguardando a que estuviese terminado el encargo. Al finalizar el segundo día, sonó el teléfono.

Frank levantó ansiosamente el aparato, creyendo que era su amigo. Se equivocaba.

Era Clara.

—¿Rymer?

—Yo mismo —contestó el joven.

—Escucha. He averiguado el nombre del tercer ratón.

—¡Magnífico! —exclamó Frank—. ¿Cómo se llama, Clara?

—Mike Dryre. Es más, está dispuesto a hablar contigo.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé, pero he quedado en reunirme con él esta noche...

—Clara —dijo Frank—, anota mi domicilio. Cuando hayas visto a Dryre, venid los dos a mi casa. ¿Has comprendido?

—De acuerdo. Dame tu dirección. Frank.

Momentos después, colgaba el teléfono y se frotaba las manos de satisfacción. Dentro de muy poco, se habría producido la derrota de Zenko.

CAPÍTULO X

Clara llegó a las ocho de la noche, acompañada de un sujeto de mediana edad y aspecto receloso, quien dijo ser Mike Dryre. Aunque vagamente, Frank lo reconoció como uno de los tres sujetos que habían discutido noches atrás con Zenko en «Los Tres Ratones», discusión que había terminado con dos disparos y un muerto.

—Éste es Mike, Frank —dijo la mujer—. Mike, un buen amigo mío.

—Hola —saludó Dryre.

—Siéntense por ahí —indicó el joven—. ¿Qué quieren beber?

—Cualquier cosa, Frank —pidió Clara.

—Lo mismo —dijo el sujeto.

Frank preparó unos vasos. Sacó también cigarrillos y esperó.

Dryre tomó un par de tragos. Luego pronunció una sola palabra, pero con tono interrogativo:

—¿Cuánto?

—No le entiendo —dijo el joven—. ¿Qué es lo que quiere decir?

—Mike te facilitará informes, pero dice que debes pagárselos —aclaró la mujer.

Frank endureció el gesto.

—Le daré quinientos dólares, ni uno más, Dryre —manifestó—. Acéptelos o váyase, pero si piensa que va a hacerse rico a costa mía, está equivocado.

—Eso es una ridiculez —protestó el hampón.

—Ayudándome, salvará su vida. Janera y otro amigo suyo murieron. ¿Es que no se da cuenta de que Zenko está dispuesto a todo?

—Sí, pero...

—Vamos, Mike —intervino Clara—, no seas estúpido. Rock Robertson era amigo tuyo. Zenko le pegó dos tiros en tus propias narices. Janera ha muerto también. ¿A qué esperas para meter a ese

maldito tipo en la cárcel?

Dryre no parecía muy convencido, pese a las palabras de la mujer.

—Quinientos dólares es poco —dijo obstinadamente.

Frank hizo un cálculo mental de la suma a que ascendían sus ahorros.

—Le daré mil más... mil quinientos en total. Aunque quisiera, no puedo añadir un centavo más, Mike. Quinientos en el acto, por supuesto.

Dryre vaciló aún unos segundos. Por fin, pareció rendirse.

—De acuerdo. Mil quinientos... y Zenko es suyo —dijo—. Pregunte, Rymer.

—No tengo mucho que preguntar, Mike. Es usted el que ha de contarme muchas cosas. Por ejemplo, qué contenía un paquete que ha desaparecido y se hallaba en el interior de un tomo de la Enciclopedia Británica.

Dryre se lo dijo. Frank se quedó atónito.

—¡Cielos! ¡No lo hubiera sospechado jamás! —exclamó.

Clara le miró con aire satisfecho.

—¿Qué te parece, Frank? —preguntó.

—Y ese paquete, ¿está ahora en poder de Zenko?

Dryre apuró su bebida.

—Sí, maldita sea —dijo rabiosamente—. Fuimos unos tontos al...

Se calló de pronto, como si no quisiera continuar hablando.

Frank comprendió.

—De modo que fueron ustedes —dijo.

—Yo solo... ayudé. Pero el que lo hizo fue Rock Robertson.

—El primer ratón muerto.

Dryre asintió. Luego alargó el vaso vacío.

—Ponga más —dijo—. Tengo sed.

Frank le sirvió de beber.

—¿Qué hacía Benning allí? —preguntó.

—Buscaba aquel paquete, claro.

—¿Por cuenta de quién?

—Ah, eso ya no lo sé —contestó Dryre, encogiéndose de hombros.

—¿Y ustedes sabían que iba a estar en la biblioteca?

Dryre bebió ansiosamente.

—Sí —respondió.

—¿Quién se lo dijo?

—Zenko.

—¿Y a él?

—No lo sé. ¿Pregunta usted demasiado, rayos!

—Pregunto cuánto necesito —respondió el joven fríamente.

Sentíase asqueado en presencia de aquel individuo. Dryre, con Janera y Robertson, había dado muerte a Benning. Dryre acusaba a Robertson, pero era fácil cargar las culpas sobre un muerto, máxime no teniendo pruebas en contrario.

Tal vez el mismo Dryre había sido el autor de la puñalada que había cortado el hilo de la vida de Benning. Sin embargo, no había forma humana de probarlo.

—Está bien. No ha dicho usted gran cosa, pero al menos, me ha proporcionado unos excelentes informes. Espere un momento.

Aún guardaba el dinero que le había dado Myra. Contó quinientos dólares y se los entregó.

—Le enviaré el resto por mediación de Clara —dijo.

—Pronto —gruñó Dryre—. Mañana, mejor que pasado.

—Cumpliré mi palabra —prometió el joven. A Clara le entregó trescientos—. Cómprate un vestido bonito —dijo.

La mujer emitió una leve sonrisa.

—Eres un chico estupendo, Frankie —y le besó en una mejilla—. Lástima que yo...

Meneó la cabeza y lanzó un suspiro que dilató su opulento busto.

—Es inútil hacerse ilusiones —se lamentó—. Vámonos, tú.

Mike se puso en pie. Su expresión hosca no había variado en absoluto.

—No se olvide. Los mil dólares, mañana —dijo.

—Los tendrá —aseguró Frank.

En aquel momento, llamaron a la puerta.

Clara y Frank miraron hacia la entrada con gesto de alarma.

—Esperen —dijo Frank.

Se acercó a la mirilla y observó durante unos instantes. Luego, hizo girar la llave en la cerradura y abrió.

—¡Myra! ¿Qué haces tú aquí a estas horas? —exclamó.

La muchacha dio dos pasos en el interior de la estancia...

—Llevaba demasiado tiempo sin noticias tuyas y me dije...

De pronto, vio a la pareja y se interrumpió.

—Lo siento —se excusó—. No sabía que tuviera visita, Frank.

—No importa. Ya se iban. Puede quedarse, si lo desea, Myra.

La joven contempló con curiosidad a los visitantes del dueño de la casa. Dryre la miró con impertinencia.

—Así que esta chica tan guapa es la hermana del pájaro que desfalcó ciento cincuenta de los grandes a la caja del Sindicato, ¿eh? —habló desvergonzadamente.

—¡Mi hermano no fue! —protestó Myra con vehemencia—. ¡Zenko le...!

Frank tomó el brazo de la muchacha.

—Repórtese, Myra —aconsejó—. Por mucho que le diga, Dryre seguirá creyendo lo que Zenko quiere que crea. Eso no debe importarle en absoluto. Vamos, Dryre —se dirigió al rufián—, desaloje.

Dryre emitió una cínica sonrisa.

—Sí, ya veo que están deseando quedarse solos. Bueno, ¡pues que aprovech...!

Frank le atizó un puñetazo en la mandíbula. Dryre cayó por tierra, lanzando un rugido de rabia.

—¡Maldito! ¿Por qué me ha pegado? —aulló.

—Para que aprenda a respetar a las damas —contestó el joven fríamente.

—Te lo tienes bien merecido, Mike —dijo Clara—. Ella es una chica decente; salta a la vista... para los que tienen ojos, claro.

Dryre se puso en pie, rezongando entre dientes. Luego, con paso brusco, se dirigió hacia la puerta y salió, seguido de Clara.

Frank cerró en el acto y se enfrentó con Myra.

—Lo siento —dijo.

—No tiene importancia —contestó ella—. ¿Quiénes son?

—Clara es una buena amiga... y el otro, un rufián de la peor especie. Intervino en el asesinato de Benning.

—¡Oh! —se sorprendió Myra—. ¿Y cómo no le denuncia...?

Frank se encogió de hombros.

—¿De qué serviría? Lo negaría y, además, los dos que le ayudaron han muerto. Él es el tercer ratón.

—Comprendo —asintió Myra, mordiéndose el labio inferior—. ¿A qué vinieron?

—Clara me localizó al sujeto —respondió Frank—. Así me enteré de lo que hace Zenko y del contenido del paquete que usted me envió a buscar.

—¿Qué era lo que contenía? —preguntó Myra.

—¡Cómo! —se sorprendió el joven—. ¿Es que usted no lo sabía? Ella movió la cabeza negativamente.

—Mi hermano sólo me dijo que debía encontrar ese paquete y entregarlo a las autoridades. No demostraría su inocencia, pero Zenko iría a parar a la cárcel para una buena temporada.

—Me temo que su hermano es un poco más ingenuo de lo que parece —dijo Frank.

Myra pareció enojarse.

—No está bien hablar así de...

—Por favor —la interrumpió Frank—. Expresar la verdad puede hacer un poco de daño, pero siempre acaba por causar más beneficios que perjuicios. Aunque lo que contenía el paquete es muy valioso, suponiendo que yo hubiera conseguido apoderarme de él, Zenko sólo habría sufrido una grave pérdida. Pero no se hubiera podido demostrar que era suyo, ¿comprende?

—Desde luego. Sin embargo, mi hermano, me lo aseguró así y yo...

—Es lógico que usted quiera ayudarle. Y yo también trabajo en lo mismo. Pero tendremos que atacar a Zenko por otro frente.

—¿Cuál?

Frank sonrió maliciosamente.

—Mañana lo sabré. Mientras tanto...

Algo cortó bruscamente sus palabras.

El rugido de una ametralladora.

—¡Frank! —gritó Myra.

La ametralladora tableteaba en la calle. Soltó una terrible andanada y luego calló.

Frank corrió hacia la ventana, dándose cuenta de que Myra le seguía.

—¡Cuidado! —gritó, extendiendo el brazo.

Myra se situó tras él, mirando por encima de su hombro. Inmediatamente, exhaló un agudo gemido.

Frank crispó los puños de rabia.

Dos cuerpos humanos yacían en la acera, en medio de sendos charcos de sangre. A lo lejos, se veían las luces rojas de un coche que huía a toda velocidad.

—Ha sido obra de Zenko —murmuró el joven sombríamente.

Clara y Dryre yacían inmóviles. La descarga les había alcanzado de lleno, sin que los pandilleros les hubiesen dado la menor opción para poder escapar.

Una sirena policial sonó a lo lejos.

CAPÍTULO XI

El rostro de Myra estaba blanco como la nieve.

Frank le entregó una copa llena.

—Beba, lo está necesitando.

Había gente en la calle, aunque el rumor de sus comentarios, gracias a estar la ventana cerrada, no llegaban hasta el apartamento.

—Ha sido horrible —musitó la joven.

—Eso demuestra que Zenko es un sujeto implacable —dijo Frank —. Pero también demuestra que empieza a tener miedo.

—¿Está seguro? —preguntó ella.

—Ha matado al tercer ratón. Con ello, ha desaparecido el último testigo de su crimen.

—Entonces... ¿no podremos hacer nada contra él?

Frank sonrió.

—Déjelo en mis manos, Myra. Zenko caerá, se lo aseguro —contestó.

—¿Cómo piensa hacerlo?

—Prefiero guardar el secreto por ahora. Usted, lo que debe hacer, es no preocuparse. Ah, y si la policía dijese algo, conteste que ha estado conmigo toda la tarde. De ningún modo deben saber que Clara y Dryre habían salido de mi apartamento.

—Pero usted debiera declarar la verdad...

—No serviría de nada, salvo para complicar aún más las cosas. Y, repito, la caída de ese forajido es inminente.

Myra terminó la copa.

—Entonces, ¿qué he de hacer? —preguntó.

—Esperar un poco a que se pase el tumulto de la calle. Luego se marcha a su casa y espera allí noticias mías.

El teléfono sonó de pronto.

—Perdone —dijo Frank.

Se dirigió hacia la mesita donde estaba el aparato y levantó el auricular.

—Rymer —contestó.

La voz que sonó inmediatamente, era bien conocida.

—Hola, entrometido —dijo Zenko—. ¿Se ha enterado de lo que acaba de suceder?

—Ya ha recibido el informe de sus esbirros, ¿no es eso?

—Justamente —repuso Zenko—. Es una advertencia, Rymer, así que si tiene dos dedos de frente...

—Tengo más —atajó el joven—. Bastante más que usted, la suficiente como para acabar enviándole a la silla eléctrica.

—Es posible, pero usted no lo verá —contestó el asesino.

—Eso es algo que está por discutir aún. ¿Qué le dijo Eldon Cross?

Frank sonrió. La maldición que acababa de escuchar constituía una respuesta sobradamente elocuente.

—No quiso aceptar mi dinero —gruñó el forajido a continuación—. Ahora tendrá que aceptar algo más doloroso y, por supuesto, menos productivo.

—Yo que usted, dejaría las manos quietas, Zenko. ¿Es que ya no se acuerda de mi microcámara y de la escena que capté?

—¡Tonterías! ¡Había muy poca luz...!

—Se ve que es usted muy poco entendido y que ignora, todo acerca de películas con emulsiones ultrasensibles, Zenko. Si quiere un buen consejo, adquiera un manual de fonografía; encontrará muchas cosas interesantes. Ah, y sepa que el paquete ya no interesa; es lo de menos en este caso, ¿comprende?

—¿Qué es lo que quiere decir? —aulló Zenko. Pero Frank colgó bruscamente el teléfono, sin ganas para seguir hablando.

Luego se volvió hacia Myra y sonrió.

—Estamos ganando la guerra de nervios —dijo.

El rostro de Myra aparecía cubierto de sombras.

—A veces, una guerra de nervios desemboca en una guerra caliente, Frank —contestó.

—Es posible —admitió él—. Pero Zenko no tendrá tiempo de iniciarla.

—¿Y lo que acaba de suceder hace unos momentos?

—No iba directamente contra nosotros dos —Frank dejó de

sonreír—. Clara era una buena chica, en efecto, pese a la clase de vida que llevaba; pero el otro... había colaborado en un asesinato, el de Benning, y tampoco supo denunciar el de su amigo.

—Usted lo vio y no...

—Yo lo denuncié, pero cuando llegó la policía, el cadáver había desaparecido. Sin embargo, Dryre sabía dónde había ido a parar el cuerpo de su compinche y prefirió callar. ¿De qué le ha servido? ¿Cómo se lo ha agradecido Zenko?

Ella inclinó la cabeza.

—Es verdad —musitó.

Hubo una pausa de silencio. Al cabo de unos momentos, Frank preguntó a la muchacha si quería comer algo.

—No tengo apetito, gracias —Myra se puso en pie y se acercó a la ventana—. Creo que es hora ya de que me vaya.

La calle se había despejado notablemente. Los cadáveres de Clara y del hampón habían sido retirados en una ambulancia.

—¿Cuándo me llamará usted? —preguntó la muchacha.

—Si quiere, mañana, o a las horas que mejor le convenga, pero el resultado de mi gestión no lo sabré hasta dentro de tres días.

—¿Por qué tres días?

—Todas las cosas que es preciso hacer llevan un trámite, que no se puede acortar —respondió Frank sentenciosamente—. Tenga paciencia, se lo ruego.

—Está bien —se resignó Myra—. Si usted lo cree necesario...

—Lo creo —afirmó el joven.

Myra recogió su bolso y se encaminó hacia la puerta.

—No deje de llamarme en cuanto sepa algo —pidió.

—Se lo prometo.

Frank quedó solo. Encendió un cigarrillo.

Myra le gustaba enormemente. Pero ¿gustaba él a la joven? ¿No sé trataba solamente de un simple sentimiento de gratitud?

El cigarrillo le supo mal de repente y, tirándolo al suelo, lo pateó con furia. ¿Cómo diablos iba a casarse Myra con un hombre más bajo que ella?

Frank faltó a su trabajo también al día siguiente.

Esperaba al correo. Finalmente, a las doce recibió una carta.

—Menos mal —suspiró aliviado, sopesando el sobre.

Lo abrió con una plegadera y extrajo su contenido. Durante

largo rato, permaneció en silencio, sonriendo placenteramente.

—Zenko se va a llevar un susto de muerte —comentó a media voz.

Inmediatamente, buscó papel y sobre y se sentó a escribir.

Pocos minutos más tarde, había terminado la carta. Releyó su contenido, con aire de gran satisfacción.

La misiva no era muy larga, pero sí sustanciosa:

«Querido enemigo:

»Cómo puede comprobar, no se trataba de una simple baladronada. Espero que la recepción de la presente, le incline a hacer algo en favor de Lewis Wedder. El muchacho no desfalcó un solo centavo, así que usted, por medio de sus abogados, dará los pasos necesarios para que se revise el proceso y sea puesto en libertad cuanto antes. Mientras tanto, la espada de Damocles seguirá pendiendo sobre su cabeza, dispuesta a caer sobre usted, si no cumple lo que le ordeno.

»Suyo afectísimo,

»F. R».

P. S. En la Enciclopedia Británica encontrará la leyenda de Damocles. Yo tengo las tijeras.

Preparó el sobre y salió a la calle, depositándolo en el primer buzón que encontró al paso.

Zenko recibiría la carta al día siguiente. La respuesta no se haría esperar.

Buscó un teléfono y llamó a Myra.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó.

—Un poco mejor —contestó ella—. ¿Ha conseguido algo?

—Sí, pero estoy esperando los resultados.

—¿Cuándo los conocerá?

—Mañana, tal vez pasado. No puede tardar más de dos días.

—¿Está seguro?

Frank se echó a reír.

—Acabo de enviar a Zenko una bomba por correo. Mañana le explotará en las narices.

—¡Frank! —exclamó ella—. ¿Se ha vuelto terrorista?

El joven se echó a reír.

—Lo decía en sentido figurado, Myra.

—¡Uf! No sabe qué peso me quita de encima, Frank. Me hubiese llevado una terrible decepción si usted...

—¿Decepción, Myra?

—Ésa es la palabra —confirmó la muchacha. Hubo un momento de silencio. Myra se extrañó—. ¿Frank? ¿Está ahí todavía? —preguntó.

—Sí, claro.

—Entonces, ¿por qué no me contesta?

—Meditaba, Myra.

—¿Meditaba? ¿Sobre qué?

—Usted ha pronunciado una frase hace unos instantes. Me ha hecho pensar bastante.

—¿Se refiere a lo que le dije de la decepción?

—En efecto.

Frank creyó oír una risita al otro lado de la línea.

—¿De qué se ríe, Myra? —preguntó.

—De usted, tonto.

—¿Cómo? ¡No me insulte ahora, Myra, por favor!

Ella seguía riendo.

—Es usted un tonto delicioso, Dios le bendiga, Frank. Hasta otro rato.

—¡Myra! —gritó el joven.

Pero ella había colgado ya. Frank se quedó muy preocupado.

Durante unos momentos, sintió la tentación de correr a casa de la muchacha, pero se contuvo, temiendo precipitarse.

«Un poco de paciencia —se dijo—. ¿No es eso mismo lo que yo le recomendé a ella?».

Regresó a casa. Era preciso esperar.

Aguardó veinticuatro horas largas. Al fin, cuando ya empezaba a desesperar, sonó el teléfono.

Levantó el auricular con ansia.

—Rymer —dijo casi a gritos.

—Zenko —le contestaron lacónicamente.

Frank esperó un segundo y luego dijo:

—Bien, Zenko, adelante. Hable. ¿Recibió mi carta?

—Sí. Su contenido resultó muy interesante.

—Lo celebro.

—Además, consulté la Enciclopedia. Sé quién es Damocles.

—Así aumentará su cultura. ¿Qué me dice respecto a Wedder?

—Podemos hacer un trato —sugirió el forajido.

—Se dice que estamos en época de diálogo —rió Frank—. Hable, exponga sus condiciones.

—Mis condiciones son las siguientes: todo el material... fotográfico, absolutamente todo...

—¿A cambio de...?

Zenko rió. A Frank le pareció aquélla una risita de mal agüero.

—¿No se ha dado cuenta —dijo el asesino— que también puede haber para usted una espada de Damocles?

Frank se puso rígido.

—No le entiendo. Explíquese de una vez, por favor.

—Tengo una huésped encantadora —contestó Zenko—. Estoy seguro de que a usted le gustaría volver a verla.

—¡Maldito! ¡Si le ha hecho...!

Sonó una risa burlona.

—Parece ser que usted también pierde la compostura —dijo el forajido.

Frank procuró moderarse.

—Está bien —dijo—. ¿Cuáles son sus condiciones?

—Todo el material fotográfico: originales y copias. A cambio de ello, accederé a que esa chica tan guapa pueda volver a la calle, sin perder un ápice de su belleza.

—Lo tendrá —prometió el joven.

—Pero tiene que traérmelo usted —dijo Zenko—. En persona.

—¿A dónde?

—Enviaré a un par de hombres a buscarle...

—No será esta noche —le interrumpió Frank.

—¿Por qué?

—Los bancos están cerrados —dijo el joven intencionadamente.

Zenko soltó una espantosa maldición.

—Conforme. Mañana por la noche, pero ni un minuto más. Esté en su casa o no volverá a ver a la chica... viva. ¡Adiós!

CAPÍTULO XII

Frank no tenía nada guardado en ningún banco, como no fuesen sus ahorros. Si le había dicho tal cosa al forajido, había sido con el único objeto de ganar tiempo.

Era absurdo creer en Zenko. Apenas le tuviese en su poder, daría orden de matarle. Sus esbirros la cumplirían en el acto y él iría a parar a las sucias aguas del estuario, con un peso atado a los pies.

No, era preciso ser más listo que Zenko... y empezar suponiendo que Zenko era lo suficientemente astuto como para no guardar a Myra en su domicilio habitual y oficialmente reconocido.

Encendió un cigarrillo y dio unos cuantos paseos por la habitación.

—Myra está secuestrada —habló en voz alta—. Luego no se encuentra en un lugar céntrico, al menos, tal es la costumbre de los secuestradores. Yo podría ir allí claro, pero ya no saldría vivo, y esto es algo que no me seduce particularmente.

Se sirvió una copa y fue tomándola a pequeños sorbos.

—Tengo que idear algo para cazar a ese miserable. Dispongo de veinticuatro horas de tiempo... pero he de actuar antes de que finalice el plazo y sus esbirros me lleven allí. ¿Qué podría hacer?

Se sentó en un diván y contempló las nubes de humo del cigarrillo. De pronto, se puso en pie.

—¡Ya está! —exclamó, satisfecho—. Atacar antes de ser atacado, ésa es la solución.

Consultó el reloj. Todavía no habían dado las siete de la tarde. Aún podría hacer muchas cosas antes de que cerrasen las tiendas.

Salió precipitadamente y volvió una hora más tarde. A continuación, se metió en el cuarto de baño.

Cuando terminó, tenía todo el aspecto del viejo borracho que había engañado tan fácilmente a Clara. Apagó las luces de la casa y se asomó a la ventana.

Había un sujeto parado en la acera de enfrente.

—No le he visto antes —soliloquió—. Él sí me ha debido de ver cuando salí y regresé... pero ahora no puedo llamar a mi amigo Billy para que le quite de en medio.

Confiaba, sin embargo, en su disfraz. Salió del piso descendió por las escaleras, a fin de evitar tropiezos inoportunos en el ascensor.

Antes de abandonar la casa, se asomó por el portal. El esbirro de Zenko continuaba en el mismo sitio.

Salió a la calle. El hombre le dirigió una mirada casual. Procurando contener los latidos de su corazón, Frank caminó a lo largo de la acera.

—Te vas a divertir —murmuró con sorna.

El sujeto no era ninguno de los dos que habían entrado en su casa el día en que conoció a Myra por primera vez. A él le interesaba dar con uno de los dos; suponía fundadamente que debían de ser los dos hombres de más confianza de Zenko.

Diez minutos más tarde, se metió en un bar y buscó la cabina telefónica. Aunque había adoptado el disfraz de viejo borracho, sus ropas estaban limpias y manteniendo una actitud ponderada, podía ir por todas partes, sin despertar sospechas.

Llamó a Billy, el barman.

—Soy Rymer —dijo por teléfono—. Necesito que me haga un favor ahora mismo, imprescindible. Le pagaré todos los gastos...

—¿De qué se trata, señor Rymer? —preguntó Billy.

—Mi coche está en el garaje de la casa —le dio la matrícula—. Necesito que usted o alguno de los camareros lo saque y me lo deje en la intersección de las calles Cuarta y Flessingen.

—¿Le ocurre algo de particular?

—No, solamente que tengo a un tipo clavado delante de mi casa y no quiero que me vea salir en el coche. Bastará con que haga solamente eso, Billy: dejar el auto en el cruce señalado. Usted o el que lo lleve, puede marcharse a continuación, aunque no me vean en las inmediaciones. Deje puesta la llave de contacto. ¿Ha comprendido?

—Sí, señor Rymer, pero... Oiga, ¿no se habrá metido en un jaleo de los gordos?

El joven se echó a reír.

—Nada de eso. Cuestión de faldas, simplemente, Billy — contestó.

—Bien, señor Rymer. Tendrá el coche allí dentro de un cuarto de hora.

—De acuerdo Billy. Cuando te dé las gracias, lo haré con algo más que con simples palabras.

Frank colgó el teléfono y abandonó la cabina. El bar en que estaba se hallaba muy cerca del lugar señalado.

Buscó una mesa situada junto a una de las ventanas. Pidió una taza de café y se sentó a esperar.

Un cuarto de hora después, vio llegar al propio Billy con el coche. El barman detuvo el vehículo junto a la acera, salió del interior y regresó a pie por dónde había venido.

Frank dejó pasar aún cinco minutos. Luego, con naturalidad, se puso en pie, depositó una moneda sobre la mesa y salió a la calle.

Momentos después, arrancaba con el auto en dirección al barrio portuario. Era la suya una acción realizada un tanto al albur, confiando en su buena suerte. Si fallaba aquella noche...

Quince minutos más tarde, detenía el coche a unos cien metros de «Los Tres Ratones», en una calleja lateral, apenas transitada. Esperó a que no hubiese nadie en las inmediaciones y salió del auto.

A los tres pasos, empezó a caminar haciendo algunas eses. Tropezó una vez con una pareja y el hombre le empujó a un lado, a la vez que le apostrofaba violentamente.

Frank no se quejó; la acción del individuo le había convencido de que desempeñaba su papel a conciencia.

Poco después, entraba en «Los Tres Ratones». Buscó una mesa solitaria, se sentó y esperó a que viniese una camarera de formas desbordantes y ceño duro.

—Tengo dinero —dijo Frank con voz estropajosa, depositando sobre la mesa un billete de diez dólares—. Tráeme una botella de lo bueno, guapa.

La camarera se dignó sonreír a la vista del billete, que desapareció entre los dedos de una mano codiciosa. Momentos después, Frank tenía ante sí la botella.

Simuló beber. La mayor parte del tiempo, tenía la cabeza entre las manos, fingiendo estar casi borracho. Los clientes de la taberna

no se preocupaban de él poco ni mucho.

Pasó una hora. Frank empezó a preguntarse si no se habría equivocado de sitio.

Otra hora más transcurrió. El joven empezaba ya a desesperar y pensar en marcharse, cuando, de pronto, un sujeto entró en la taberna.

Frank sintió que su corazón latía alborotadamente. El recién llegado era Jory.

Jory se dirigió a la barra y se sentó en un taburete. El barman le puso delante una copa.

Transcurrieron algunos minutos. Jory y el barman charlaban animadamente. Al cabo de un rato; Jory se puso en pie, disponiéndose a salir a la calle.

Frank adivinó su intención y se puso también en pie, caminando oblicuamente para ganarle la acción al hampón. Llegó a la puerta un par de segundos antes que él y salió afuera, deteniéndose en el umbral, con el objeto aparente de encender un cigarrillo.

Jory salió y tropezó con su cuerpo. Frank emitió un gruñido de descontento.

—Aparta, viejo borracho —refunfuñó el pandillero, empujándole con violencia.

La puerta se había cerrado. En aquel instante, la calle estaba solitaria.

Frank se revolvió velozmente y disparó su puño desecho contra la mandíbula del hampón. Cogido por sorpresa, Jory se derrumbó al suelo como una masa inerte. El joven se agachó rápidamente y lo izó a pulso, aunque sin cargárselo sobre los hombros. Acababa de oír pasos cercanos y él mismo dio unos cuantos, apartándose de la taberna.

Jory tenía la cabeza apoyada sobre su hombro. Los dos marineros que se cruzaron con ellos, sonrieron comprensivamente.

—Mi amigo... es joven... —tartajeó Frank—, pero no tiene... En mis tiempos... Vamos, muchacho, vamos, despierta...

Se llevó a Jory, arrastrando sus pies sobre el pavimento. Detrás de él, uno de los marineros, comentó:

—La pescó buena, tú.

Y el otro dijo:

—Si no saben beber, ¿para qué diablos entran en una taberna?

Frank alcanzó su auto. Jory empezaba a rebullir. El joven le asestó otro golpe, privándole del sentido por segunda vez.

Abrió la portezuela y depositó el cuerpo del rufián en el asiento delantero. Luego dio la vuelta al coche y se sentó tras el volante.

Jory estaba apoyado a medias contra el respaldo y la portezuela. Antes de arrancar, Frank le registró minuciosamente y le desposeyó de una pistola y de una navaja de resorte.

Inmediatamente, dio gas y partió a toda velocidad, en busca de las afueras de la población. Diez minutos más tarde, notó que Jory empezaba a rebullir.

Estaban en Hill Road, no lejos de la casa donde había sido asesinado Benning. La separación entre las villas residenciales era bastante grande. Frank aprovechó la circunstancia, para arrimar el coche a un lado y esperar tranquilamente a que Jory hubiese recobrado el conocimiento por completo.

Cuando el pandillero abrió los ojos, se encontró con una pistola que le apuntaba directamente a la cara, desde menos de diez centímetros de distancia. Detrás del arma había un hombre de edad, que le resultó absolutamente desconocido.

—¿Quién es usted? —rezongó de mal talante—. ¿Qué diablos quiere?

La pistola era una «Colt 45», de gatillo exterior. Frank echó hacia atrás el martillo del percutor, con gran ostentación y dijo:

—Sólo quiero una cosa, Jory. ¿Dónde está la chica?

Su voz era natural. Jory abrió los ojos, pasmado.

—¡Rayos! ¡Si es...!

—El mismo —confirmó Frank—. Pero déjate ahora de comentarios y contéstame.

—¿Cree que se lo voy a decir? —rezongó el hampón.

—Muy bien. Entonces, prepárate a morir, Jory.

CAPÍTULO XIII

El rufián se sobresaltó.

—Usted no puede hacer eso...

—Lo haré si no contestas, y no creas que se trata de una fanfarronada.

—El jefe me hará pedazos —gimió el hampón.

—Nunca cambies un peligro remoto por otro inmediato. Habla.

Jory estudió el rostro de Frank y vio que éste aparecía decidido a disparar.

—Muy bien —contestó, con un suspiro de resignación—. Está en el número cuatro mil seiscientos veinte de Hill Road.

—¿Cómo? ¿En la casa de Sol Tubble? —Respingó el joven.

—Sí.

—¿Son amigos él y Tubble?

Jory hizo un gesto de indiferencia.

—Así parece —contestó.

Frank reflexionó unos momentos.

—Casi me he tomado un trabajo en balde —musitó.

—¿Cómo dice? —preguntó Jory.

—No, nada que te interese —respondió el joven—. ¿Está allí la chica?

Jory apretó los labios.

—Sí —respondió con voz torva.

—¿Ha sufrido algún daño?

—No, al menos, esta tarde...

—Está bien; sal conmigo, pero no intentes escapar; recuerda que las balas corren más que las piernas.

Se apeó del auto, haciendo que Jory saliese también por el mismo sitio. Luego movió la pistola.

—Camina —ordenó.

—¿Hacia dónde?

—Ahí veo un jardín muy frondoso. Anda.

El forajido rompió la marcha, no muy seguro de lo que iba a hacer Frank. De cuando en cuando, volvió la cabeza, lleno de aprensiones.

El lugar era oscuro y solitario. De pronto, Frank alzó la mano y descargó un fuerte golpe contra el cráneo del hampón.

Jory se desplomó como una masa inerte al suelo. Frank se inclinó sobre él y, con su propia corbata, le ató fuertemente las manos a la espalda.

No disponía de ligaduras para los tobillos, pero le ató juntos los cordones de los zapatos. En semejante posición, le resultaría muy difícil soltarse, estimó.

Finalmente, con su propio pañuelo, le amordazó, a fin de evitar que pudiera gritar. Luego regresó a la carretera y entró en el coche.

Rodó doscientos metros más. Al llegar a una casa, cuyo número estaba próximo al final de los tres millares, se detuvo y tras apagar las luces, salió fuera del auto.

Meditó unos momentos. Finalmente, acabó por quitarse la peluca y las cejas postizas, que le daban el aspecto de un viejo de sesenta años. Era mejor llegar con su apariencia habitual, decidió.

Se encasquetó el sombrero fuertemente y caminó con resolución hacia la casa de Tubble. Minutos más tarde, contemplaba el edificio desde el borde del camino.

Había una luz encendida en la planta baja. El resto de la casa permanecía a oscuras.

Frank se aventuró a entrar en el jardín. Caminó cautelosamente, con la vista fija en la ventana, a cuyo pie llegó momentos después, sin haber sufrido el menor tropiezo. Con todo cuidado, se asomó y miró al interior.

Había allí tres hombres, uno de los cuales le resultó desconocido. Los otros dos eran Zenko y Brant, el otro guardaespaldas.

Myra no se hallaba en la estancia, que era un salón elegantemente decorado. Debía de hallarse encerrada en alguna habitación y, posiblemente, con algún centinela en la puerta.

Brant estaba haciendo un solitario. Zenko y el desconocido conversaban, al parecer en no muy buenos términos. Frank se estrujó los sesos, buscando el modo de entrar en la casa sin ser

notado.

Tras algunos segundos de reflexión, decidió dar la vuelta al edificio. Todas las villas solían tener puerta posterior, se dijo.

Encontró dicha puerta y tanteó. El pomo estaba cerrado con llave.

Torció el gesto. Él no era hombre capaz de improvisar una llave con un alambre doblado. Era preciso ser un experto.

Las ventanas de aquel lado estaban también cerradas. Frank emitió un gruñido de descontento.

No le quedaba más que un recurso. Se acercó a una de las ventanas y golpeó el vidrio con un codo.

Le pareció que el estruendo se oía en cien kilómetros a la redonda. Agachándose, escapó de allí y corrió hacia la parte anterior.

Zenko y sus acompañantes continuaban observando una actitud normal. Frank respiró aliviado; había la suficiente distancia para no oír el ruido del vidrio roto, máxime teniendo en cuenta que puerta y ventana estaban cerradas y que estaban hablando. El sonido de sus palabras apagaría otros de no demasiada intensidad.

Volvió sobre sus pasos y metió la mano por el hueco. Aflojó el pestillo y levantó el bastidor.

Momentos después, se hallaba en el interior de la casa. Tanteó silenciosamente a derecha e izquierda, encontrando unas cortinas que corrió en el acto.

Luego encendió un fósforo. Era preciso orientarse.

—Muy bien, amiguito —dijo una voz—. Siga como está y no se mueva, si no quiere encontrarse con una onza de plomo en el estómago.

Al mismo tiempo, se encendía la luz. Frank se encontró frente a un sujeto, que le resultó desconocido, el cual tenía en la mano una pistola de pavoroso aspecto.

El hombre sonrió.

—Otra vez, cuando intente entrar en una casa a robar, procúrese un diamante para cortar el vidrio. Hará menos ruido, se lo aseguro.

—Cometí un error —reconoció el joven llanamente.

—Ya lo creo que lo cometió —rió el otro—. Bien, vuélvase.

—¿Para qué?

—Puede ir armado —observó el hampón—. Quiero arrancarle

los dientes.

—Eso está muy puesto en razón.

Frank obedeció. Detrás de él, sonaron las pisadas del sujeto.

—Dé dos pasos a la izquierda, sitúese a un metro de la pared y apoye en ella las manos —ordenó el pistolero.

Frank hizo lo que le decían. Era la forma más cómoda de registrar a una persona.

Pero apenas había tocado la pared con las yemas de los dedos, levantó el pie derecho hacia atrás. Alcanzó la mano del hampón con el tacón de su zapato y la pistola voló por los aires.

El sujeto emitió un atroz juramento. Frank se volvió, viendo que su enemigo se disponía a lanzar un agudo grito de aviso.

Disparó su puño con todas sus fuerzas, aplastándole los labios. El hombre retrocedió, pero no cayó.

Frank le golpeó de nuevo, ahora en el estómago. Dos golpes demoledores obligaron al pistolero a sentarse en el suelo, con los ojos llenos de lágrimas y la barbilla manchada de sangre.

Frank se apoderó de su pistola y le apuntó con ella a la cabeza.

—La tortilla dio la vuelta, hermano —dijo, satisfecho—. ¿Dónde está la chica?

—No sé...

—No me hagas perder el tiempo. Demasiado sabes a quién me refiero. ¿Dónde está Myra Wedder? ¿O prefieres que entre en el salón y le diga a Zenko que uno de sus hombres está listo para ser enterrado?

El pistolero se acobardó. Vio delante de sí a un hombre resuelto a todo y se dijo que su negativa no le produciría ningún beneficio concreto.

—Piso alto, segunda puerta a la derecha —rezongó.

Momentos después, Frank se asomaba a la puerta de la estancia. El pistolero yacía sin sentido, a consecuencia de un formidable golpe que le había asestado él joven con el cañón de su propia pistola.

El vestíbulo se hallaba desierto. Frank subió rápidamente al piso superior y tocó con los nudillos en la puerta indicada.

—¿Quién es? —preguntó Myra desde el otro lado.

—Frank —contestó el joven en voz baja.

—¡Frank! —exclamó ella—. ¿Cómo...?

—No haga ruido, por favor. Abra, rápido.

—No tengo la llave, Frank...

El joven contuvo una maldición. Debía haber esperado una cosa semejante.

La luz del corredor era deficiente. Frank vio al otro lado un sillón, junto al cual había una mesita con un cenicero lleno de colillas.

Aquél debía de ser, dedujo, el puesto del vigilante. Sin duda, el hampón, creyendo segura a la muchacha, había bajado al piso inferior cuando oyó el ruido del cristal roto.

—Prefirió investigar primero, por si había sufrido un error —se dijo—. A Zenko no le gusta que sus hombres se equivoquen y...

Pero esto no le solucionaba el problema.

—Espere un momento, Myra —cuchicheó.

Bajó de nuevo al piso inferior y registró al pistolero, quitándole una llave que supuso debía de ser la del encierro de la muchacha. Regresó arriba y abrió la puerta.

Myra se lanzó a sus brazos, riendo y llorando de alegría.

—Oh, Frank —exclamó—. Nunca me hubiese imaginado...

El joven la estrechó contra su pecho, sintiendo el cálido contacto del seno de Myra.

—¿Le han causado algún mal? —preguntó.

—No, en absoluto. Sólo me dijeron que viniese aquí y...

—Está bien; ya me lo contará todo. Ahora, Myra, va a hacer lo que le diga, ¿comprende?

—Lo que usted quiera, Frank —prometió ella, con ojos brillantes.

—Myra, se va a marchar inmediatamente de la casa y llamará a la policía desde el primer teléfono que encuentre en su camino. Pregunte por el teniente Cardoso. Dígale que venga aquí y sobre todo, que se dé prisa, ¿ha comprendido?

Myra asintió.

—¿Se queda usted? —preguntó.

—No hay otro remedio. Es preciso entretener a ese miserable.

Myra se dirigió hacia la puerta, pero él la cogió por el brazo.

—Ése no es el camino —indicó—. Venga.

Apagó la luz y se acercó a la ventana, abriéndola con cuidado. Se asomó fuera, calculando mentalmente la distancia.

—Caerá desde más de dos metros. Procure flexionar las piernas para atenuar el choque —aconsejó.

De pronto, Myra le echó los brazos al cuello y le besó impetuosamente.

—Frank, si sales de esta...

No dijo más, pero su actitud era sobradamente elocuente. El joven se sintió inflamado de ardor combativo. Sí, valía la pena luchar por una mujer como Myra.

EPÍLOGO

Frank abrió con cuidado la puerta del salón.

—Hola —dijo, sonriendo con desparpajo.

Los tres ocupantes de la estancia se volvieron, en el acto, al oír su voz. Zenko se quedó mudo de asombro.

Brant se puso en pie de súbito, barbotando mil imprecaciones, a la vez que sacaba su pistola. En cuanto al otro, permaneció sentado, aunque presa de un evidente desconcierto, según pudo apreciar el joven.

—No me esperaban esta noche, ¿verdad? —dijo Frank avanzando un par de pasos. Movi6 el índice en dirección al pistolero—. Cuidado con el cacharrito; tiene muy malas bromas, a veces.

Brant lanzó un rugido y avanzó hacia el joven, blandiendo la pistola amenazadoramente.

—¡Quieto! —ordenó Zenko—. No le toques.

—Así me gusta —sonrió Frank—. El diálogo, sobre todo.

—Pero regístrole —añadió Zenko de inmediato.

Frank se sometió mansamente al registro. Brant la quitó una pistola que dejó sobre una mesa próxima.

—No lleva más armas, jefe —informó.

—Está bien. Cierra la puerta ahora —ordenó el jefe del Sindicato—. Y usted y yo, Rymer, vamos a hablar muy en serio.

—He venido a eso, precisamente —contestó el joven—, aunque, si no le importa, prefiero sonreír. Las caras hoscas me deprimen, francamente.

—Déjese de bromas —gruñó Zenko—. ¿Dónde están las fotografías?

Frank se palmeó uno de los costados de la chaqueta.

—Aquí —dijo—. Y también los negativos.

Zenko movió la cabeza. Brant registró nuevamente al joven.

Hubo un momento de silencio, mientras Zenko examinaba las fotografías y los negativos. Luego alzó la cabeza y miró a Frank.

—¿No hay más?

—Por supuesto. Ahí está todo —contestó Frank.

Los ojos del hampón centellearon.

—Bien, esto se ha acabado —dijo—. Brant...

Frank levantó una mano.

—Por favor —dijo.

—¿Qué quiere ahora? —rezongó Zenko—. Sea breve; estoy deseando liquidar este asunto cuanto antes.

—Yo también soy partidario de la brevedad —convino Frank cortésmente—. Por eso me voy a permitir hacerle una indicación.

—Está bien, hable.

—No será muy larga —sonrió el joven—. Simplemente, le diré que la señorita Wedder ha escapado y que, en estos momentos, corre a toda velocidad en busca de un teléfono para llamar a la policía. Ella sabe que yo estoy aquí; si usted me hace desaparecer, lo pasará muy mal, Zenko.

El asesino palideció horriblemente.

—¡Brant! —rugió—. Compruébalo.

El pistolero salió de la habitación. Con toda tranquilidad, Frank encendió un cigarrillo.

—Le vi asesinar a Rock Robertson, Zenko —dijo.

—Pero no podrá probarlo. Tengo las fotografías...

—Usted lo mató, ¿no es cierto? Conteste sí o no, por favor.

—Sí, ¿y qué? Usted no podrá repetir esto a nadie.

Brant entró en aquel momento.

—¡Jefe, la chica ha desaparecido! ¡Terrell no está...!

—Si Terrell es el hombre que la cuidaba —dijo Frank—, en estos momentos se halla sumido en un agradable sueño. No se preocupe por él; despertará, aunque con mucho dolor de cabeza.

Zenko le miró torvamente.

—Se cree muy listo —dijo. Agitó las fotografías—. Pero aunque usted jure que me vio matar a Robertson, no podrá probarlo. ¡Quema todo esto, Brant!

El hampón obedeció. Llevóse las fotografías a la chimenea y arrojó una cerilla al conjunto.

Frank no se inmutó.

—Dígame, Zenko —habló tranquilamente—, ¿puedo sospechar razonablemente que mató a Robertson por... diferencias en el reparto del contenido del paquete que encontraron él y los otros dos ratones en la biblioteca de esta casa?

—Es posible —admitió el hampón con indiferencia.

—Y luego temió que los otros dos ratones empezaran a charlar y los eliminó también.

—Janera tenía el paquete y se negaba a entregarlo —respondió Zenko.

—Ah, parece como si hubiesen formado una sociedad, que usted deshizo a balazos.

—Bueno —sonrió Zenko.

—Lo malo es que, en medio de todo, murió una mujer inocente —dijo Frank, a la vez que se volvía hacia Brant—. ¿Fue usted el que manejó la metralleta que mató a Clara Fallon y a Mike Dryre?

—Sí, y el mismo que disparará esta pistola contra usted cuando el jefe lo ordene —contestó hoscamente el forajido.

—Muchas gracias —respondió Frank cortésmente. De nuevo se enfrentó con el jefe del Sindicato—. Dígame, Zenko, ¿qué hacía Benning en la biblioteca de la casa?

—Vino a buscar el paquete —rezongó Zenko.

—De modo que él también lo sabía. También sabía que contenía diamantes de contrabando por valor de cientos de miles de dólares, ¿no es cierto?

—Sí, pero ya me estoy cansando. Acabe de una vez.

—Un momento, por favor —pidió Frank, levantando una mano. Miró al desconocido—. Empiezo a sospechar que usted es Tubble, el propietario de esta casa. ¿Se marchó oportunamente, sabiendo que Benning iba a morir?

Tubble palideció.

—Yo no... —dijo, acariciándose la garganta.

—Usted pasa por un hombre respetable, pero no lo es —habló el joven crudamente—. Mal asunto, complicarse en unos asesinatos por un puñado de diamantes. Le sentarán en la silla...

La puerta se abrió de repente.

—¡Jefe! —gritó Jory, entrando en la estancia, con Myra cogida de un brazo—. ¡Mire a quién me he encontrado fuera de la casa!

Frank se estremeció. Myra le contempló desesperadamente.

—Lo siento —sollozó la muchacha—. Cuando le vi, era demasiado tarde...

Una ancha sonrisa dilató los labios de Zenko.

—De modo que no ha avisado a la policía, ¿eh? —dijo torvamente.

Avanzó hacia Brant y le quitó la pistola de la mano.

—Dame —pidió—. Hay cosas que a uno le gusta hacer por sí mismo.

Frank sintió un nudo en el estómago.

—De todas formas... —dijo.

Tubble saltó hacia adelante.

—¡Quieto, Zenko! —gritó—. ¡No quiero más crímenes! ¡Ellos no tienen que ver nada con...!

De repente, Zenko se volvió y disparó dos veces a bocajarro contra el dueño de la mansión.

Tubble abrió la boca, intentando gritar. Pero no le salió ningún sonido de entre los labios. Estuvo un momento inmóvil y luego cayó al suelo, hecho un ovillo.

Myra giró en redondo y se abrazó al joven, escondiendo la cabeza en su pecho, para no presenciar aquel horrible espectáculo. Frank se sentía enfermo, aunque procuró no demostrarlo exteriormente.

Zenko se volvió hacia él.

—Quitadme a la chica de en medio —ordenó.

Brant y Jory se arrojaron contra la muchacha y la separaron de Frank a viva fuerza. Ella gritaba desoladamente.

Zenko levantó la pistola.

—Bueno, se acabó —dijo. Y en el mismo momento, soltó un aullido de dolor, a la vez que se oía un estampido.

Frank contempló atónito la mano ensangrentada del asesino, en cuyo rostro se dibujaba una mueca de sufrimiento. Sonó una voz imperativa:

—¡Quietos todos!

—¡Tomás! —gritó Frank.

De repente, Jory enloqueció y se arrojó hacia una ventana, con ánimo de escapar.

Fuera, en el jardín, se oyó una orden:

—¡Alto!

Pero el pandillero había perdido el dominio de sí mismo. Trató de sacar su pistola.

Una ametralladora, tableteó ensordecedoramente. La lluvia de proyectiles arrojó hacia atrás a Jory, el cual, tras rebotar contra un sillón acabó cayendo al suelo.

Brant levantó las manos en el acto. Cardoso, seguido de unos cuantos agentes de uniforme, penetró en la estancia.

—Atiendan a ese hombre —indicó a Zenko con la mano.

Frank respiró aliviado, a la vez que pasaba un brazo por los hombros de Myra.

—No me explico cómo has llegado tan a tiempo, Tomás. Ella iba a avisarte y...

Cerdoso sonrió maliciosamente. Metió la mano en el bolsillo y sacó una fotografía.

—Johnny Beare me contó lo que le habías pedido —explicó—. Fue un buen ardid, es preciso reconocerlo.

Por unos momentos, Zenko se olvidó del dolor que le producía la mano atravesada por el proyectil.

—De modo que no eran más que unos dibujos fotografiados —rugió.

—En efecto —admitió Frank, sonriendo—. Tengo un amigo que es un magnífico artista y realizó los dibujos de acuerdo con mis indicaciones. Incluso los hizo un poco borrosos, para que usted creyese que las supuestas fotografías no me habían salido bien, a causa de la deficiente iluminación. Pero si fuéramos de otro calibre, presentaríamos esas fotografías ante un jurado...

Zenko se enderezó.

—Tengo buenos abogados —dijo altaneramente.

Entonces, Frank, con toda tranquilidad, levantó ambas manos y, tras un ligero forcejeo, consiguió desprenderse el sombrero.

Éste sujetaba una cajita de forma oblonga, de un tamaño doble del de un paquete de cigarrillos. Con la cajita en la mano, Frank, sonriendo anchamente, dijo:

—Los japoneses hacen verdaderas maravillas, miniaturizando los aparatos de grabación. Aquí está registrado todo lo que usted confesó, Zenko; veremos si su abogado consigue salvarle de la silla eléctrica.

El jefe del Sindicato se derrumbó. Cardoso se hizo cargo de la

diminuta grabadora.

Brant empezó a gemir. También él había confesado dos muertes.

—Llévenselos —ordenó Cardoso duramente.

Luego miró a la pareja.

—Tengo que hablar mucho con ambos —dijo.

—Mañana —contestó Frank.

—De acuerdo.

Frank sacó a Myra del salón. Fuera, se oían las protestas de Brant.

—¡Él me lo ordenó! —sollozaba el pistolero abyectamente—. Yo no quería, pero...

Terrell fue sacado a rastras por dos agentes. Frank y Myra abandonaron la casa.

—Iré a verte mañana —prometió él.

—Estaré esperándote —contestó la joven, con los ojos llenos de un extraño resplandor.

Frank acudió algo tarde a casa de Myra, al día siguiente.

—Empezaba a sentirme impaciente —se quejó ella.

—Estuve hablando con Cross.

—¿El secretario de Zenko?

—Sí. No tiene las manos muy limpias y, a fin de salvar su responsabilidad, ha consentido en ayudar a la policía. Tu hermano será exculpado y pronto saldrá de la cárcel.

—Me parecerá un sueño —dijo Myra, con los ojos llenos de lágrimas.

—Todo es verdad —contestó él—. Incluso lo de Benning y Tubble, que eran dos ciudadanos honrados en apariencia, pero que colaboraban con Zenko en el contrabando de diamantes. Tener unos cuantos marineros como aliados les facilitaba mucho las cosas, ¿comprendes?

—Sí, pero ¿quién dejó escrita la clave que te permitió encontrar la taberna de «Los Tres Ratones»?

—Debió ser el propio Benning, no cabe otra explicación.

—¿Benning?

—Sí. Sabía que Tubble no iba a estar, pero ignoraba que esa ausencia se debía a que Zenko había decretado su muerte. Cuando vio que no estaba el paquete y que el tomo había sido sustituido, formó la clave apresuradamente, sospechando algo. Ya no tuvo

tiempo de escapar; los tres ratones le estaban acechando y...

Myra asintió.

—Mi hermano sabía lo del contrabando, pero no tenía pruebas —murmuró.

Hubo un momento de silencio. Luego, Myra sonrió al joven.

—La verdad, debo felicitarme por mi error.

—No te entiendo.

Ella le echó los brazos al cuello.

—He encontrado al hombre de mi vida —murmuró a su oído. Y luego, maliciosamente, añadió—: ¿No te das cuenta que uso zapatos de tacón bajo?

Frank se separó ligeramente de Myra, la contempló unos instantes y sonrió:

—Si me quieres, ésa es una cuestión secundaria —dijo. La besó apasionadamente y añadió—: Hay otra cuestión más importante que resolver.

—¿Cuál? —quiso saber la muchacha.

—La fecha de nuestra boda —respondió Frank, disponiéndose a besarla de nuevo—. Fui detective por error, pero no creo que sea ninguna equivocación casarme contigo —concluyó.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptes. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



españa

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE Fundada en 1772

